EL ÚLTIMO EDÉN

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Desde el Puerto de las Palomas, por las viejas sendas

ÍNDICE



10- GRANDES RUTAS

POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Guadalquivir.

Puerto de las Palomas, Vado Ancho. 1-5-98

Vieja vereda. Solo andando.

La distancia

Desde el mismo puerto, tirando por la vieja senda que sube del vado y siguiendo fiel su trazado, son unos cuatro kilómetros y medio. El nivel oscila entre los mil doscientos a setecientos metros.

El tiempo

En la dirección del puerto al vado y hasta el mismo puente que cruza el río Guadalquivir, a un paso moderado, se tarda sobre una hora poco más o menos.

El Camino

Arranca justo en el auténtico puerto, pegado a la pista forestal que va hacia el cerro del Mosco. Desciende por una leve vaguada y enseguida comienza su juego de zigzags para ir recorriendo la empinada ladera con más comodidad. En general el camino se distingue bien, aunque sí es verdad que está muy roto por muchos tramos pero como va cruzando de un barranco a otro y

faldeando para salvar los cortes rocosos que se presentan a lo ancho de la ladera, es cómodo.

En todo momento, el trazado de esta ruta, va por el viejo camino que subía desde Vado Ancho al Puerto de las Palomas y a lo largo de su recorrido, aprovecha las tierras de una vieja vía pecuaria o camino de trashumancia. Su categoría es cordel de Nublas, Arroyo Frío a Santiago de la Espada y arranca en el abrevadero de Rambla Seca, pasa por el Puente de Guadahornillos, descienden por las laderas hacia Arroyo Frío, atraviesa el río Guadalquivir por este lugar y en el punto que se llama Vado Ancho, asciende la cuesta, objeto de nuestra ruta, hasta la cumbre del Puerto de Las Palomas y descienden por Burunchel y ya se pierde por entre los olivares hacia el valle el Guadalquivir para atravesarlo otra vez y remontar a la Loma de Úbeda por donde cruza con el nombre de Cañada Real de Cazorla y Cañada Real del Paso.

Así que esta ruta es sólo un trozo de la vereda de trashumancia que desde estas cumbres primeras atraviesa la sierra hacia los Campos de Hernán Pelea y por el río Guadalentín hacia El Almicerán. En esta ruta se

propone sólo un trozo de esta vereda pecuaria. En otras iremos completando todo el recorrido de la vereda tanto hacia un lado como hacia otro.

El Paisaje

Recorrer este camino en un paseo sin prisa, es de lo más reconfortante por los grandiosos paisajes que de continuo nos sacia la vista y el alma. Al comienzo, muchas rocas sueltas por donde los pequeños rodales de tierra y los troncos de viejos pinos, nos saludan amontonados. Y según vamos trazando zigzags, los arroyuelos repletos de pequeños chorrillos de agua, tupidos de espesos bujes y enebros y escoltados por las paredes rocosas, se nos van presentando cada vez con más esplendor y repletos de su silencio. Al frente, en todo momento, nos mira la gran ladera que sube desde la aldea de Arroyo Frío hacia el Peñón de Juan Díaz y en lo hondo, las blancas casas de la aldea, aplastadas entre en verde del bosque y las llanuras.

Lo que hay ahora

A las cuatro y media en punto, me pongo a bajar desde el Puerto a Vado Ancho. Es una tarde preciosa, con el cielo, desde el puerto hacia el valle de Úbeda, más bien

despejado y con brillantes tonos azules. Y desde el puerto para la sierra profunda, cubierto de espesas nubes negras que amenaza lluvia en cualquier momento. Y lluvia hay mucha porque la tierra está rezumando agua por donde piso. Lleva varios días que no para de caer un chaparrón detrás de otro y esto hace que la primavera, en los bosques y pradera de estas sierras, esté reventando de verde y eso que todavía no ha llegado en serio. Hace frío y algunas de estas noches hasta ha helado.

La hierba verde esmeralda, los árboles florecidos, el musgo de las rocas todo intensamente verde y destellando frescor y por doquier goteando agua cristalina. Desde aquí la senda, pues baja, nada más arrancar, trazando dos o tres pequeñas curvas que son como el aperitivo o preludio de lo que vamos a ir encontrando. Está todavía clara porque en aquellos tiempos la tallaron muy bien. Parece que baja recta por la hondonada hacia Arroyo Frío.

Un pino grueso a la derecha y justo clavado en la misma roca y la senda que discurre escoltada de piedras gordas como si estuvieran protegiendo señalando el recorrido. Casi sin esfuerzo se alzan los ojos y abajo se

ve el pueblo de Arroyo Frío por entre las ramas de unos grandes pinos que enseguida me salen al paso. Un cuervo me sobrevuela y ya he dejado arriba y a la derecha, las rocas que sirven de mirador a las personas que coronan este puerto y se paran a gozar del espectáculo. Es precioso el pueblo aplastado en el valle, blanco porque lo besan los rayos de sol que se escapan por entre el roto de las nubes y la vega verde por la espesa hierba que tapiza la tierra. El campo rezuma esplendor a chorro y por doquier.

Mucha mejorana, con sus hojas viejas un poco blancuchas y las nuevas, en los extremos de los tallos, destellando verde limpio. Las jaras blancas que me salen al paso las veo muy comidas de los animales. Y la cañada sencilla que se me va abriendo dulcemente con su abrazo de hermana bella y la senda que la recorre, en su primoroso juego de zigzags con el arroyuelo que nace aquí mismo. Tiene sus primeros pasos, este arroyuelo, en la misma ondulación del puerto y cae por esta vertiente buscando al Guadalquivir.

Lo cruza un poco, a unos ciento cincuenta metros del arranque y se viene hacia la izquierda que es por donde,

según hoy llevo la dirección, me queda el Cerro del Mosco. Y entonces, la vaguada me queda a la derecha y un grupo de pinos viejos y grandes, muy bonitos. La sigo y enseguida un pino que casi cruza la senda. La visión por las laderas al otro lado de Arroyo Frío, es preciosa. Los bosques negros, porque les da la sombra de las nubes y profundamente verdes porque la primavera ya le esta corriendo por la sabia de sus ramas. Los corta por la mita y a lo largo de la cuerda, la fila de rocas blancas y algunos puñados de niebla. Es precioso el panorama. Hacia arriba, por Peña Juana y el pico del Cabañas, cubierto por espesa niebla y nubes densamente oscuras. Una espesura inmensa de niebla y la negrura arriba. Hay muchos rotos en las nubes y por entre ellos se escapan los rayos del sol, como por ejemplo ahora que cae iluminando todo el Poyo de la Mesa. Queda iluminada, preciosa y adornada por nubes blancas, en el horizonte lejano y las que le coronan, son negras.

Cantan por aquí muchos pajarillos y las encinas, pues ya están con sus hojas nuevas y la trama color oro que les cuelga primorosamente. Destacan mucho porque las hojas viejas son de un color oscuro apagado y las nuevas,

reflejan la pureza de lo recién nacido y lleno de vida y por eso son verdes brillantes.

La senda se viene bastante a la izquierda sin dejar de bajar pero con su juego de corte y requiebros con la ladera. Se oye la corriente del río Guadalquivir y por lo mucho que destaca su rumor ya se adivina que debe llevar mucha agua. Y aquí, la senda, traza la primera curva y como se ha venido hacia el Cerro del Mosco, justo donde se alza un poste de luz, gira hacia la derecha otra vez buscando la hondonada del arroyuelo. Una senda perfectamente tallada con las piedras que le van sujetando, a trayectos, por el lado de abajo que unas veces es la derecha y otras, la izquierda, según la dirección que tome en la ladera.

Dos pinos grandes cubiertos por abajo de zarzas y al mirar, descubro que ya tienen también sus flores oro colgando entre las acículas y temblando al viento que las mueve. Es otro espectáculo a lo pequeño pero rebosante de belleza. Muchas piedras blancas sueltas que al rodar por la ladera se han ido quedando paradas sobre la comodidad de la senda. Mientras ahora voy pues

dirección hacia la Fuente del Oso siguiendo el trazado de la senda y dejándome llevar por la curva que traza.

Antes de llegar al arroyo, otra vez giro hacia la izquierda y aquí rezuma agua. Afloran las rocas blancas en forma de losa por la parte de abajo y las sigue la senda bajando en escalones y sorteándolas. El agua que rezuma que cae por el surco de la senda, aprovechando así, la ondulación para escurrir hacia lo hondo del gran valle. Romero florecido, muy poco, porque el romero ya floreció hace mucho tiempo y aquí, otra curva quedándose en un zigzag más cortito.

Tres pinos secos. Uno caído por completo en mitad de la senda y por lo deshecho que lo veo, entiendo que hace mucho tiempo que está sin vida. Dos más que veo al frente según voy por el arroyuelo que desciende. Los dos pegados uno al otro, todavía de pie pero secos por completo y con las ramas, como si estuvieran abiertas en actitud de pedir socorro. Atraviesa aquí la senda, llaneando un poquito, por lo alto de unas rocas lisas, que es precisamente por donde el agua que ya baja por el arroyuelo, corre. Se desliza por encima de estas rocas y al darle el sol de la tarde, relucen con una belleza

inigualable. ¡Qué momento más hermoso por el silencio que lo envuelve y los paisajes que lo abrazan!

Pequeños charquitos con algas verdes, señal de la pureza de esta agua y una corriente suave que va cayendo por entre estas rocas blancas en forma de losa. La senda cruza el cauce y ahora se va hacia el otro lado. Después de las rocas, mucha agua, hierba y la florecilla amarilla de los delicados ranúnculos. Mucha agua porque los chorrillos que van aflorando se concentran en el surco de la senda. Y también el agua, pues brota por cualquier sitio. Después de un año como el que hemos tenido y esta lluviosa primavera, la tierra está más que empapada. Ha llovido tanto que la sierra tiene agua en abundancia.

Un pino aquí mismo, entre las rocas y donde la senda traza una pequeña curva otra vez hacia el arroyo. Y más bien no se retira ya del arroyo. Por lo menos en un trozo considerable, baja por el mismo surco. Toda ya abierta, desgajada y por cualquier sitio se ven trozos de senda y creo que precisamente esto es lo normal porque este camino es recorrido por los animales y ellos trazan vereillas por cualquier parte. Toda empapada de agua y a un lado y otro.

Avanza unos quince metros y de nuevo de va, ahora ya, por entre un bosque de pinos muy grandes, bonitos y espesos y se va despegando del arroyo ahora ya dirección hacia la Fuente del Oso o el Empalme del Valle, que me queda más cerca. Aquí mucho romero. Ya no hay piedras sino un tapiz denso de hojas secas de pinos entre la tierra negra. Romero y una gran aulaga, que en esta ladera crecen muchas, espesas y muy altas. Y la senda, ahora se mete aquí por entre raíces de pinos, aulagas y romero. Se despega más de lo que es la hondonada del arroyo, que no es arroyo en categoría sino una cañada que se va formando según cae desde el morro del puerto y ahora llana dirección al empalme del Valle.

Atraviesa aquí por unas rocas blancas, sube un poquito al espigón en miniatura de rocas a la izquierda y ya baja otra vez mientras sigue dirección al barranco del Valle. Mucho bosque espeso siempre de romero y aulagas. Pinos negrales y gran cantidad de piñas secas caídas por el suelo y rodando por la ladera. Se despega ahora todavía más de esta primera hondonada y atraviesa aquí por otro lecho de rocas muy desmoronadas y de haber

pasado por aquí tantas personas y animales, pues se les ven como si las hubieran sembrado. En cuanto las recorro, un gran pino a la derecha clavando en las rocas, cubierto el suelo de hojas secas, piñas y ramas y se allana en un trocito que parece de ensueño. Queda sujeta por una pared de piedra por la parte de abajo y ancho, casi un metro de anchura.

La veo que vuelve, dirección todavía al valle y atraviesa otra pequeña vaguada y entonces se va, descendiendo por la pequeña ladera que tengo cerca. Y esa vaguada menor, pues es otro arroyo con un chorrillo de agua bastante grandecito y un buen charco aquí mismo. Lo cruza, unas rocas alargadas, en forma de ballena a la derecha por donde rezuma el agua y un buje verde y aquí mismo, sobre las rocas, traza un remolino y vuelve hacia atrás. Dirección ahora al Cerro del Mosco. Unos diez metros nada más y después, enseguida se mete en el cauce del arroyuelo, roza un enorme pino grande que arranca desde el centro del surco y las piedras con el agua que chorrea y por aquí baja.

Ya no sé sí en este punto concreto, fue antes la senda y las aguas al correr trazaron la zanja del arroyo o primero

fue el arroyo y la senda lo aprovechó para remontar con más comodidad. La piso y piso el agua y las rocas del lecho del arroyo y veo que todo es una pura trenza fundida totalmente con las piedras y las raíces de los pinos. El chorro que corre es grueso como el brazo de una persona. Y ahora veo más claro que por aquí, primero fue la senda, el arroyo la ha cogido y de correr ya ha trazado un surco. Muchos charquitos remansados, romero espeso a un lado y otro, aulagas y pajarillos que cantan.

Aquí ahora vuelve a despegarse otra vez dirección al Empalme del Valle mientras las aguas del arroyo se va por ella durante unos seis o siete metros. Luego cae hacia el barranco mientras la senda se despega un poco por la derecha según voy bajando. Remonta el puntalillo de esta ladera, gira por entre las rocas que al mismo tiempo les sirven de piso y muchos puñados de musgo verde. Muchas hojas de pino y sobre el mismo morrete de la ladera gira en una curva cerrada totalmente que traza una airosa ese. En veinte metros traza esta ese, gira hacia el arroyo y en un segundo giro se viene hacia el Empalme del Valle.

Una pequeña covacha, una llanura y se asoma otra vez al puntal dirección siguiendo en la misma dirección. ¡Qué grandioso es esto! Miro y veo que ya Arroyo Frío lo tengo, o al menos esto creo, muy a mi mano. Abajo, cerca y bello.

Al asomarme aquí, pues la senda ha volcado el lomete de esta ladera y cae hacia otra vaguada. Se desliza por encima de las rocas blancas que al estar llanas forman un piso ideal para que la senda pase sobre ellas. Una bocanada de aire fresco que sube del río, me acaricia el sudoroso rostro. Miro al frente y veo que el cielo se presenta cada vez más oscuro. Intuyo que amenaza lluvia. En cualquier momento puede empezar a llover y mucho. Al menos, esto es lo que creo por los indicios que estoy observando. No me he traído ni paraguas ni impermeable. Si llueve, se me complicará esta ruta aunque confío en encontrar alguna covacha para refugiarme que ni siquiera sé dónde puede encontrase y menos si en el momento justo en que la necesite.

La senda baja a la que, ahora estoy viendo, es la tercera vaguada siempre en dirección al Empalme del Valle. Vuelvo a tropezarme con agua y grandes pinos

negros y un par de ellos, caídos sobre la misma senda y ya hechos trozos. Me siguen acompañando los romeros, muchas piñas y conchas de pinos. Un enebro sobre una roca tapizada por el musgo que reluce de verde.

El silencio es total. Sólo el viento rozando las hojas de los pinos y algún pájaro que canta. Otra vez agua en este barranco pero menos que en los otros dos y seguro es porque este barranco tiene su nacimiento más abajo que los otros. Y la senda, otras ves se hace surco con la corriente. Lo acompaña en un trecho corto y vuelve a despedirlo yéndose dirección al Empalme. El chorrillo de agua lo cruza ahora, que al verlo, considero que también es grande y se muestra transparente como la misma luz que desprende la tarde.

La senda lo despide, aquí en una llanurita llena de hierba, mucha mejorana y tomillo por la parte de arriba, se encharca el agua y por la senda se va durante y trecho hasta que cae hacia la izquierda buscando el barranco.

El juego que esta senda trae con los caños de agua que van cayendo, las raíces de los pinos, la vegetación y las rocas que se clavan por la ladera, es una emoción

pequeña pero repleta de encanto por la variedad y las sorpresas agradables que a cada instante viene mostrando. Vuelvo a ver dos pinos secos y una roca destacando de entre el conjunto hacia el que voy. Uno de ellos, sólo la mitad del tronco y el otro todavía con su maraña de ramas y las piñas secas y abiertas. Hay aquí como un collado menor con rocas a la izquierda sobre los pinos secos y a la derecha también un montón de rocas formando un castellón pequeño. El musgo verde lo cubre todo y la senda atraviesa por debajo de ellos sujeta, perfectamente por el lado de abajo, con piedras que fueron puestas a conciencia.

Y aquí mismo traza otro giro. Se asoma un poco ya al valle del Guadalquivir y gira hacia la izquierda. Me ha caído una gota de agua y por lo que estoy viendo, puede empezar a llover en cualquier momento. Busca el barranco tercero dirección al Cerro del Mosco pero metida en una hondonada y por entre grandes rocas que ha tenido que cortar para seguir. Me están cayendo gotas y ahora sí veo claro que en cualquier momento puede empezar a llover fuerte. Miro sin que haya dejado de mirar durante toda esta bajada y descubro que la nube que me cubre, es negra y espesa. Las típicas nubes de

las tormentas. Miro a un lado y otro y no veo que por aquí cerca haya ninguna covacha y debajo de los pinos y las encinas, no me quiero refugiar.

Gira un poco siguiendo el puntal y se asoma otra vez al tercer barranco y entonces, en dirección hacia el Cerro del Mosco, cae para la hondonada. Según voy recorriendo esta senda, me lo estoy pasando bien, porque me divierte mucho tanta curva, rocas, arroyuelos, pinos y monte. Nunca adivino qué puedo encontrarme diez metros más adelante. Se hunde ahora por entre un estrecho para cortar estas rocas y por donde hay que saltar varios escalones formados en las mismas rocas. Están desmoronadas también como en grava o arena fina y esto vuelve indicar la gran cantidad de veces que las personas y animales han pisado esta senda.

Otro giro y este es hacia la derecha mientras sigue bajando por lo más elevado del puntal. Veo que aquí ya se juntan las tres cañadas que venían jugando con la senda y antes de cruzar, siento el agua correr. Enseguida la senda lo alcanza, una pequeña cascada que me queda a izquierda, mientras voy cruzando el arroyuelo y me voy hacia el segundo barranco. Podría bautizar este recorrido

con el nombre de la senda que juega con los barrancos y los chorros del agua, porque en realidad esto es lo que estoy descubriendo y es.

Se despega de regajo, sube hacia el puntal que existe entre el tercer barranco y el segundo y lo corona. Lo remonta llaneando y aquí hay un trocito casi por completo llano. Veo el segundo barranco, es muy hermoso esto y no dejo de mirar a ver si descubro alguna covacha para refugiarme porque la lluvia arrecia y temo que no va a tardar en arreciar. Llanea aquí mucho antes de cruzar el segundo arroyuelo que también lo siento ya y parece que baja repleto de agua. Por entre bujes, aulagas y romero florecido, avanza cada vez más hermosa y amable. ¡Qué senda esta tan cargada de misterio y bellezas que por ser pequeñas, empapan hasta lo más hondo.

Cruza el arroyuelo en un paso totalmente llano quedando a la izquierda otra pequeña cascada muy bonita y veo que sí trae mucha agua. Más que el tercer barranco. Y ahora se va, pues subiendo un poquito, más bien llaneando mientras remonta hacia el primer barranco que es el que arrancaba con la senda en todo lo alto. Sube otro puntal menor y otro caño de agua que viene por

aquí y me digo que seguro saldrá del primer barranco. Remonta y salta un escalón de rocas, remonta algo más, atraviesa otro arroyuelo y ahora ya baja siguiendo la caída del puntal.

Sin mirar veo las casas de Arroyo Frío en lo hondo y su visión es de lo más reconfortante por la enorme belleza que desprende desde esta ladera y en concreto, desde este punto. Y como estoy mirando sin tener que hacer ningún esfuerzo, veo que por la zona de la mesa y la Cerrada de Utrero que me queda enfrente, está lloviendo mucho. Estoy preocupado y no dejo de mirar para encontrar dónde meterme y protegerme de esta lluvia y la que puede llegar no dentro de mucho.

La senda baja, como muy perdida por el puntal cubierto de romeros y aulagas y multitud de rocas que afloran. Pero sé que no baja perdida porque la voy viendo perfectamente saltando escalones y me encuentro totalmente en lo más alto del puntal frente ya al tercer barranco. Que parece que en esta ocasión no lo alcanza sino que aquí mismo, donde hay unos pinos pequeños con señales de rayos en sus troncos y muchas raíces por entre las rocas, gira hacia la izquierda buscando el otro

arroyo. Por aquí, como es pura roca lo que existe, es difícil intuirla porque claramente no se ve. A veces va por encima de rocas en forma de losas totalmente llanas, luego se mete por un regajo que ha horadado el arroyo y muchas piedras sueltas.

Se retuerce en el puntalete y se nota que es ella porque aparecen piedras clavadas sujetándola de vez en cuando. Gira otra vez y lo que ahora me va preocupando es el agua que está cayendo. Un pino grande y achaparrado donde, al verlo, se me ocurre refugiarme pero no me agrada. Muchas rocas, llega a lo alto y como que se deshiciera. Una pequeña llanura en el lomo del puntal, más pinos caídos y traza zigzags por entre el arroyo tercero y el primero. Ahora ya voy otra vez dirección al Empalme del Valle.

Las nubes negras acumuladas sobre la Mesa, descargando mucha agua. Miro y por y creo ver que por encima de mí perecen que ese han deshecho un poco. Por momentos dudo si voy por la senda o no porque más bien son vereillas de animales las que voy siguiendo, cosa que es natural si por aquí suben o bajan de vez en cuando animales. Muchos enebros, un exquisito olor a

flores que perece fueran de madreselva, algún canto de pajarillos, rumor delicado de las gotas que suave caen, correr de chorrillos despeñándose por toda la ladera que recorro y la nube negra que por momentos me cubre más.

Y ahora, creo que he perdido la senda porque lo que voy siguiendo es sólo un trozo y otro de sendillas hechas por los animales. Dos pinos grandes que me quedan a los lados y voy cayendo hacia el segundo barranco por donde siento el agua correr y ya la vuelvo a ver con más nitidez. Un monolito me queda a la izquierda en forma de estatua como de cinco metros de alta y una pared de roca por donde pasa, estrechándose y se ciñe formando como un barranquete y cae hacia el segundo arroyo. Mucho romero y muchas zarzas y las rocas que me escoltan a un lado y otro en forma de pared.

Un quejigo grande un una hondonada muy bonita. Se ven muchas hozaduras de jabalíes, gran cantidad de hojas secas y tierra negra. Baja por aquí, pues paralela al arroyo, sobre el lomete de la tierra negra esta y es bonito esto. Da una curva y vuelve a cruzar de nuevo el segundo arroyo. Ya trae mucha agua y queda una espesura de bujes a la derecha y a la izquierda una gran sabina. Lo

cruza y se va hacia el lado del Empalme del Valle. Remonta, muy estropeada que está de no pasar personal por ella desde hace mucho y por esto me cuesta encontrarla y ahora llueva más fuerte. Ya lo he decidido: buscaré una covacha y me meteré en ella.

Aquí tierra roja por entre enebros viejísimos, mucho romero y raíces de aulagas y hojas secas de pino. Llanea un poco y remonta al puntal que hay entre el segundo y tercer barranco y tropieza con un muy serio corte de rocas. De la base misma de esta pared rocosa sale un pino muy bello y otro un poco más pequeño. Y claro, ahora lo entiendo: la senda tiene que trazar todas estas curvas para soslayar este desnivel rocoso. Es una pared de unos veinte metros y claro que para remontarla o descenderla hay que buscar el mejor paso y desde luego que lo es si lo intentáramos en línea recta.

Miro despacio y veo que aquí existe un buen refugio para del chaparrón que está empezando a caer. La parece ofrece como una covacha, no muy definida pero sí lo suficiente como para acurrucarse sobre ella y quedar guarecido de la lluvia. Me paro y lo primero es mirar el reloj: son las cinco en punto. He tardado media hora

desde el puerto hasta este punto que parece es la mitad de la distancia desde la cumbre al valle o a la inversa.

El rincón queda encajado entre dos grandes pinos a mi derecha, frente, Arroyo Frío y la ladera que le corona. Por ahí viene cayendo la lluvia y ya es tanta que el bosque se empieza a perder tras una capa blanca. Una lluvia no muy fuerte pero sí lo suficiente como para tejer como una cortina de nieblina sobre el bosque en la lejanía. Al fondo, las nubes coronando y negras. Pero más abajo, sobre el valle, las casas blancas y arrancando desde ellas ladera arriba, lo primero es el bosque de álamos y muchos árboles cultivados junto a los manantiales que por ahí brotan. Es un bosque diferente al de los pinos y por eso se le aprecia un verde distinto que es más claro y fresco.

Estoy mirando hacia el valle y lo que me tenía acaba de suceder: un relámpago y enseguida cruje el trueno. Ahora mismo, por aquel lado de Arroyo Frío está cayendo mucha más agua. La cortina blancuzca que cubre el verde del bosque cada vez es más densa. De ese lado es desde donde viene la nube. Delante de mí, que estoy aplastado contra la pared rocosa, tengo una llanura casi en miniatura. Sólo alcanza unos dos metros de ancha por

tres de larga y está cubierta por una fina alfombra de hierba verde. No he hecho nada más que llegar y ya nos sentimos hermanos desde tiempos lejanísimos.

Por el lado de los pinos gruesos veo muchas hozaduras de jabalí buscando las raíces precisamente de los pinos. A estos animales les gusta mucho la corteza de estas raíces. Y como sigo mirando al frente un poco por la izquierda, tengo el tronco de un pino seco por completo y que se alza desde un macizo rocoso. Está partido por la mitad a una altura de cinco metros y no le queda nada más que la madera pelada, sin concha ninguna y se le ve retorcido y ya con muchas heridas por los trozos de madera, que al pudrirse, se le ha caído.

Por encima de Arroyo Frío hacia el cerro que lo corona, se ve un bosque espeso de pinos, ya lo he dicho antes, y ahí mismo está cayendo ahora mismo como un chorro de agua que surge desde la nube y se abre antes de tocar el bosque. Es espeso y blanco y por eso el verde de los pinos ya casi no se ven. Va aumentando la lluvia, que en parte son granizos y gordos, mientras que por el lado de la Mesa, se ha quedado casi descubierto. Por el lado del Embalse del Tranco, también se ve el cielo y en cambio

por Roblehondo hacia los Campos de Hernán Pelea, la oscuridad es de azabache puro.

Sigue aumentando la lluvia y los truenos al mismo ritmo que los granizos. La nube ha cubierto por completo todo el valle desde el cerro que hay al otro lado de Arroyo Frío hasta el Puerto de Las Palomas. Se ha quedado en lo alto y por momentos caen con más fuerza los granizos.

Observo ahora un poco la covacha donde estoy guarecido y veo que la roca está negra. En otros tiempos se ve que aquí mismo hicieron fuego más de una vez y del humo está ennegrecida la roca. Hasta incluso, a mi derecha y muy bien guardado, hay un montón de palos secos que son trozos de ramas de pino. Sobre la reducida pero bellísima explanada que tengo delante cubierta de hierba fina y muchas hojas secas de pino, estoy viendo caer los granizos. Caen a puñados y por eso en sólo unos minutos se ha puesto blanca por completo. Ahora me digo que si no hubiera encontrado esta covacha lo hubiera pasado bastante mal porque la nube llega con mucha más fuerza de lo que parecía. Aquí estaré hasta que pase la nube y lo que ahora temo es que dure tanto tiempo que la noche se me eche encima. No estoy lejos del Puerto

pero regresar será casi imposible y hacerlo con la lluvia que está cayendo y sin nada para protegerme de ella, también será complicado. No me esperaba este percance pero confío como tantas veces ya a lo largo de tantos años pisando los rincones de esta sierra.

Un tercer trueno y ahora en todo lo alto mía. Al menos estos tres que hasta ahora han estallando, no son muy fuertes pero las nubes parece como si se estuviera formando justo en lo ahora y ahora mismo. Cómo evolucionará, ni lo sé. De todos modos, es un espectáculo preciso este de las tormentas en un día como el de esta tarde, tan bonita de primavera, tan templado el aire y con una nube tan espesa y densa como la que ahora mismo tengo encima de mí. Está descargando gran cantidad de granizo y agua. Ya casi no veo el bosque de las laderas de enfrente. Y es un espectáculo tan hermoso que mientras lo contemplo se lo agradezco a Dios porque aun con la dificulta que pueda tener para salir de este barranco, considero que es un grandioso regalo lo que ahora mismo estoy viviendo. Ante mí, su poder majestuoso que se transforma en tormenta negra y al mismo tiempo en lluvia fina que riega los campos y en luz que da vida y transforma los paisajes.

¡Preciso el espectáculo! Y estoy agachado viendo los granizos caer y a lo lejos el barranco cada vez más cubierto por la fina cortina blanca del agua que está cayendo y el tronco del pino seco clavado en la roca del puntalete que tengo cerca de mí. Al otro lado y sobre el que se recorta el tronco del pino, un gran roble verde. Ahora caen con más fuerza y cantidad los granizos. Al caer rebotan sobre la hierba de la pequeña llanura o las hojas secas de los pinos y como los estoy mirando fijamente y todo concentrado en lo que ocurre en este puñado de tierra, me digo que es un juego encantador esto de los granizos cayendo y rebotando en la hierba. Caen recto, rebotan y ya se quedan durmiendo sobre las finas hojas de hierba. ¡Qué mundo más fantástico y qué suerte he tenido o qué detalle tan delicado está teniendo Dios conmigo esta tarde!

El suelo de la llanura, mi llanura desde ahora mismo y para siempre hasta que el Creador me la devuelva en el reino de la eternidad, pues ya es mitad blanco por los granizos que le van cubriendo, mitad verde por la hierba que se presenta fresca, mitad un poco ocre por las hojas secas de los pinos y un poco negro porque hay también

conchas de los troncos de los pinos y por algunos rodales se ve la tierra negra. También se amontona por aquí muchas piñas viejas y los romeros que sobresalen verdes y todavía con sus flores algo celestes. De sus endebles hojas van cayendo las gotas de la lluvia y todo, a lo pequeño pero hermosamente grande, se suma para transformase en maravilla.

Sigue aumentando y es precioso el espectáculo de verlos saltar. Caen y rebotan y donde se quedan quietos caen varios más. Esto para la naturaleza es una enorme bocanada de vida. Un relámpago y un cuarto trueno. Por ahora descubro que no son rayos, sino chispas que saltan de nube a nube y luego como si rodaran por entre el cielo y la nube hacia la lejanía que adivino y no veo. Y por esto capto que la nube es grande: el trueno se ha ido hacia atrás, Sierra de la Cabrilla y Campos de Hernán Pelea y todavía retumba durante largo rato. Como se venga para este lado, va a ser una nube que me cogerá de principio al fin y puede que dure más de lo que deseo.

Un quinto relámpago y este sí ha sido un rayo que he visto caer sobre la cumbre. A rajado el trueno con una fuerza tremenda y al igual que los anteriores, ha

retumbado y se ha perdido hacia la lejanía de los Campos que aparecen totalmente cubiertos por la oscuridad. En tan sólo unos minutos el cerro que tengo frente al otro lado de Arroyo Frío, se ha cubierto tanto que ya ni lo veo. La lluvia y los granizos caen si parar y en lugar de aminorar, aumenta.

Un sexto relámpago y la explosión del trueno casi al instante y por esto descubro que la nube la tengo en todo lo alto. Me está entrando algo de miedo porque pienso que también pudiera caer un rayo sobre las rocas donde estoy refugiado o en algunos de los grandes pinos que tengo a cinco metros. Las chispas caen donde la nube lo necesita o el Creador permite y por esto, al sentir el séptimo estampido de trueno, mi alma acude al regazo del Padre Bueno: “Mi vida y mi suerte está en tus manos y como me encuentro solo en este barranco, aunque estoy en el centro de tu grandioso corazón, acudo a Ti”.

Un octavo chispazo y el trueno que revienta a la par y tiembla la tierra. Tengo la nube en todo lo alto mía y los truenos se van hacia las sierras del Banderillas. Llevo ya veinte minutos sentado sobre la hierbecilla que nace en la tierra del covacho y no veo que esto tenga un fin

inmediato. Estalla un noveno trueno y es más apagado que los tres anteriores. Arrecian los granizos y ya sí que está blanco por completo el suelo. Casi cuatro dedos de espesor tiene sobre la hierba de mi hermana llanura y la negrura de la nube se va corriendo, muy lentamente, hacia el Cantalar. Por la zona de la Mesa viene abriéndose y esto me da algo de esperanza. Pero siguen cayendo los granizos a espuertas. El suelo por completo blanco y hasta creo que ahora tendré dificultades de seguir, sea en la dirección que decida hacerlo.

Son las seis menos veinticinco, ya ha pasado el grueso de la tormenta y veo que no tardará en aclarar y ahora pienso que será prudente no seguir bajando. Lo mejor es que desde este lugar, el rincón de la covacha del tronco seco, para entenderme yo mismo es como le voy a llamar a este punto. La nube se va deshaciendo hacia la parte del río Borosa y aunque todavía siguen cayendo algunas gotas, no son ni muchas ni fuertes.

De las ramas secas que hay amontonadas sobre la pared de roca donde he estado refugiado, cojo un palo. Lo voy a necesitar para seguir andando me vaya hacia el río o me vuelva para atrás. El monte ha quedado empapado

y al pasar por él y rozarlo, me pondré chorreando. Si llevo un palo en las manos, los sacudiré antes de rozarlos y así el agua se le cae y me mojaré menos. Avanzo un poco, como con deseo de seguir y me asomo al puntal para observar si la distancia que me queda es mucha. Y en un primer vistazo creo que todavía puedo tardar veinte minutos en llegar al río. Pero es tarde y si se me complican las cosas, la noche puede cogerme antes de terminar el regreso. Y si, además, le da por caer alguna otra nube, la dificultad aumentará. No sé que hacer.

Me muevo intentando ver más claramente la distancia y el terreno que me queda hasta el río y en primer plano veo un surco grande por donde por entre las rocas. Y lo que pasa es que desde aquí hasta Arroyo Frío, la senda pasa por mucho monte. Como la lluvia lo ha empapado, yo me voy a poner chorreando y esto se va a sumar a las otras dificultades que pueden presentarse.

Miro hacia la Cerrada de Utrero y de la oscura ladera que le queda más abajo, comienza a levantarse una ráfaga de niebla. Después de las lluvias, salen las nieblas y en este caso ya lo estoy viendo. Es muy bonita la nube de niebla que va surgiendo de entre el bosque. Pero miro

a las nubes que me coronan y ni siquiera puedo distinguir para dónde van o vienen. Están fijas en todo lo alto o al menos lo parecen. Por esto me digo que lo mejor es arrancar y subir al puerto. Puede presentarse otra más grande y ya de noche, ¿a ver cómo remonto la ladera que tengo recorrida?

Me asomo por debajo de donde he estado refugiado donde hay como un segundo escalón y descubro las paredes de una vieja tinada. Unas paratas de piedras que en forma de corral se recogen contra el desnivel rocoso, hermano y casi gemelo, del que me ha refugiado a mí. De la pared rocosa que cae, cuelgan una gran cornicabra y al verla me entra la curiosidad. Da la impresión como si ahí existiera una gran cueva y por eso la cercaron con las paratas para encerrar animales. Voy a explorarlo.

Bajo por entre los romeros y entro por el portillo que abre la parata y que es la entrada al corral y ya descubro claramente lo que es esto. Un corral levantado contra esta pared de roca natural, en la repisa de tierra donde encerraban animales. No hay cueva alguna pero sí mucha belleza asomada al pequeño barranco del arroyo aquí mismo. Muy bonito esto.

A las seis menos cuarto decido continuar. Siguen cayendo algunas gotas. Y es que me he asomado a la pared y he visto el chalé que hicieron cerca del río Guadalquivir y conozco bien. Esto me anima porque intuyo que no estoy muy lejos de la menta que vengo buscando. Comienzo a bajar y ya voy viendo que por el cañón de la Cerrada de Utrero se levanta en gran vellón de niebla. Llevo un palo seco en la mano para ir sacudiendo el agua del monte. Al andar, ahora tengo que tener mucho cuidado porque las rocas están mojadas y con granizos, muchas de ellas, y al pisar, puedo resbalar y caer.

Se han abierto las nubes y por arriba, pues muy bonito. La senda, mientras baja, sube hacia el Empalme del Valle. Corre por ella un pequeño arroyuelo que ha salido del agua que acaba de caer. Es normal que después de una tormenta como está, salgan arroyos por cualquier sitio. Y llego a un punto muy curioso: es una pequeña hondonada donde lo que aflora es una intrincada red de raíces de pino que fueron pisadas y hasta machacadas en otros tiempos y ahora, a todas se les ve aplastadas y llenas de cicatrices que nunca cerraron ni curaron del

todo. Tres o cuatro pinos a un lado y otro y sus raíces machacadas sobre el firme de la senda.

Siento el rumor del río, ya no muy lejos y el agua cayendo sobre las hojas del bosque. Y de aquí mismo, según voy andando, veo la nieblecilla brotar de la tierra y el monte. Esta ladera está caliente del sol que le da durante todo el día y de lleno y por eso, la lluvia que acaba de rociarla, enseguida se evapora formando niebla que al subir hacia la cumbre se concentra y luego sigue elevándose hasta hacerse nube otra vez. Así que la lluvia, acaba de caer de la tormenta y ya se está evaporando para unas horas más tardes, seguir siendo nube que cubre estas sierras.

La senda vuelca hacia el tercer arroyo y aquí me sale al paso otro paredón de rocas. Todo esto está lleno de nieve y es tanta que no tengo más remedio que pensar que por aquí ha caído más que por donde he estado refugiando. Las nubes son así. Siento la corriente del río, veo los pinos y distingo las casas del pueblo muy cerca. Cien metros más y ya veo la pista que viene por ahí y así a dos pasos. La senda se va curvando puntalete abajo por entre pinos, repletos hasta la copa, de hiedra. Dos rumores me

van envolviendo: el de los arroyuelos que se despeñan de esta ladera y el del río que lo tengo bastante cerca.

Giro otra vez para este segundo barranco menor por donde se encuentra la tinada y en realidad, ya estoy viendo me he refugiado a sólo diez minutos del río y su paso histórico de Vado Ancho. Porque es justo por este lugar por donde cuela la vereda de trashumancia. Por aquí ahora ya me dan compañía y baja conmigo, arroyuelos de agua por todo sitios porque los granizos se están derritiendo y como la ladera es casi una pura roca, los caños de agua enseguida chorrean. Es este rumor una música tan dulce y agradable que sólo por gozarlo ya doy bien empleado este paseo delicioso. ¡Cuantos secretos y maravillas encierra y ofrece la naturaleza y estas sierras amadas!

Ya estoy en la pista que es jorro para sacar madera y remontar una pequeña ondulación con la roca que me queda a la izquierda. Encima un peñón como sujeto y puesto queriendo y ya aquí, se ensancha. Es un jorro y ya cae recto al río por el lugar que esperaba: Vado Ancho. Los pinos se espesan y el suelo se ve blanco de los muchos granizos que han caído y ciertamente estaba muy

cerca de la meta que me había propuesto. No más de diez minutos y ello también porque me estoy dando prisa.

Acompañado por el rumor del río, cada vez más nítido y potente, que me llega de frente según voy bajando, por las gotas de lluvia que todavía caen desde las nubes y de los pinos y por el rumor de los chorrillos que van despeñándose, voy tomando posesión del rincón apetecido. Ya aquí la senda desaparece y queda como un laberinto de jorros y de veredas de animales. Al ver la pista caigo en la cuenta que este trozo que entra río arriba, es la que arranca para por el arroyo del Zorro, desde la casa forestal de la Cruz del Muchacho.

Si cojo la pista y me voy hacia la izquierda, llegaré al chalé que conozco y queda cerca remontado sobre un cerro menor. Caen como en picado porque los jorros son así, lo único que interesa es arrastrar los troncos y resulta más cómodo si se baja recto. Hay tierra color ceniza y al verla recuerdo que esta tierra la he visto muchas veces por la orilla del Embalse del Tranco. Son arcillas con alguna mezcla de mineral. Por el centro del jorro, que da una curva aquí, corre un hililllo de agua.

Y claro que me produce cierta satisfacción llegar hasta el río. Se me hubiera quedado la ruta tronchada y más en mi corazón, si hubiera tenido que abandonar.
Cuando estaba acurrucado en la covacha temía que cayera un rayo por aquí cerca y me estaba diciendo a mí mismo: “No puede caer porque por encima de mí tengo mucha elevación. Y los rayos siempre buscan los puntos más altos”. Sin embargo, ahora que voy por esta hondonada cara al río y tocando la meta propuesta, veo muchos pinos con las cicatrices de los rayos sobre sus troncos. Y lo que ahora me digo es que este punto está mucho más bajo que donde yo me he refugiado.

Ya estoy en la hondonada. A la derecha me queda un rodal de tierra verde y siento el rumor del agua que la tengo a dos pasos. De algunas casas en esta aldea, salen chorrillos de humo. Ya me asomo aquí y veo el río Guadalquivir. Salgo justo a Vado Ancho que era lo que había intuido. El agua que baja por el río viene roja, mucha cantidad y color chocolate. Esto indica que ha llovido mucho por las partes altas de estas sierras. Estoy ya justo en el mismo puente de Vado Ancho y exactamente: aquí el río se remansa en una llanura deliciosa y se ensancha para formar el vado. Bien lo

sabían esto los serranos y por eso aquellos caminos venían a confluir a este punto. Aunque el río trajera mucha agua, como es el caso de esta tarde, es fácil cruzarlo por un vado y más si era con bestias como ellos casi siempre venían.

El puente me queda a la izquierda, a la derecha las tierras llanas, algo más arriba los huertos y una manada de ovejas pastando por la pradera, la corriente remansada que viene rizada porque corre, al frente las casas de Arroyo Frío y más lejos, la carretera del asfalto negro y luego la ladera del cerro que corona a esta aldea y de su bosque, manando la niebla. ¡Es preciosa la visión y la cantidad de agua turbia que baja por el cauce de este grandioso Guadalquivir!

Y como una vez más, he conseguido mi meta en mi abrazo de amor y gozo con estas sierras que tan dentro llevo, doy gracias a Dios por maravilla tan grande que de nuevo esta tarde me ha permitido vivir. Merece la pena y no porque sea una ruta con paisajes asombrosos a lo grande, sino porque es un paseo sencillo atravesando los secretos más finos y pequeños de estas sierras. Y porque esto pequeño está más cerca del núcleo de lo vital y

eterno, es por lo que me alegro y doy gracias sintiendo que no merezco tanta belleza excelsa pero porque la he rozado y se me ha quedado clavada en el corazón, ahora me alegro y me siento más limpio e hijo del Creador.

La fragancia eterna

Hacia el corazón del valle se sienten fluir los caminos y, donde el río que atraviesa la sierra y se remansa en la tarde, tiene concentrada la esencia del tiempo que se hizo silencio en el trino de los ruiseñores que ennoblece los corazones que ausentes laten, se les ve abrirse en forma de surtidor y rajando el viento, elevarse por las laderas y los barrancos y perderse por entre el monte al ritmo de la luz que palpita y el sudor de las almas grandes.

Y por entre la esencia que mana de los campos, se le ve caminando al padre y en cuanto llega al río, siguiendo a su marrana de cría, la llama y le pide que pare y que se fije en la corriente y que beba y que luego se bañe porque hoy aprieta el calor y el animal chapotea en el agua y va a beber pero antes busca el cieno y se acuesta y se restriega en los juncos y al verla, el hijo pregunta:

- ¿Por qué, padre, antes de beber se baña?

Y el que no sabe pero sí sabe:

- Es que como nosotros, viene sudorosa y como le hierve la sangre, parece que no es bueno hincharse antes del momento oportuno.
Y el hijo:
- Y eso ciencia, la marrana ¿cómo lo sabe?
Y el que surca los caminos cuando por la gran sierra se derrama la armonía en rocío eterno y suave:
- Esa ciencia, hijo mío, ¿que cómo la sabe...?

Y como el hermano bosque mira y calla y también late, desde su sonrisa de aurora, habla con rumor de primaveras y de fuentes que manan y caen:
- Pues tú, muchacho noble que vas por los caminos que llevan al confín del mundo y no van a ninguna parte, ¿dime cómo entiendes y conoces y te gozas en el retozar de tus corderos por entre la flor que se abre y cómo interpretas los juegos de tu perro vellón de nieve y conoces los secretos de los senderos que confluyen en el Valle?
Y el hijo sincero que sueña y quiere saber más que sabe:
- Será eso: que lo llevo en la sangre y al igual que la marrana que se baña antes de beber en el río, como me hierve y grita y late, necesito apagar con la soledad

diamante los desgarros de los caminos y beber después de lavarme.

Y como hacia el corazón del Valle se sienten fluir las veredas y en forma de surtidores de rosas de primavera, se les ve abrirse en danzas de baile, parece que hasta el río se detiene y remansa sus aguas y saluda a los que llegan y esencia se hace en sus sonrisas porque les hierve la sangre en las venas de cristal y tienen que beber pero antes y, según la ciencia que han aprendido observando, se refrescan para no morir con la tarde.

Notas complementarias

La ruta que arranca en el mismo Puerto de las Palomas es un tramo de la vía pecuaria que se llama Cordel de Nubla, Arroyo Frío, Santiago de la Espada. Desde este Puerto de las Palomas, la vereda baja hasta Vado Ancho, atraviesa las casas de este poblado, sube por los Arroyos Frío y el de los Ubios, términos de Cazorla con la Iruela, para coronar por el lugar llamado La Caída por entre el Puntal del Gollete y Puntal de los Cuartos, asciende hasta el Puente de Guadahornillos, atraviesa toda la Planicie del Calarilla por el viejo camino de la Cuerda de

los Alcañetes, desciende por la solana del barranco de Bermejo y sale justo al collado con este mismo nombre.

Desde este punto, continua con el nombre de Cañada Real de Fuente Bermejo a Santiago de la Espada, por Nava de Paulo, Cañada Pajarera, Rambla Seca y atravesando los Campos de Hernán Pelea, se dirige hacia las aldeas del Don Domingo, el Cerezo, Los Teatinos y el Cañuelo desde donde sigue hacia otras partes de estos rincones de la sierra.

Justo en este Puerto de Las Palomas, a la derecha se desvía un ramal que arranca con el nombre de Cordel de Vistas Pintorescas al cortijo de los Tontos. Desde el mismo puerto, en estos tiempos, sigue casi la totalidad del trazado de la carretera que desciende al Valle. El lugar Vistas Pintorescas se sitúa por donde ahora se encuentra el mirador, pasa por la Fuente de los Chorrillos, Prado de Roble Llano que se encuentra más o menos a la altura del Castellón del Valle, el Tobazo, empalme de la carretera que sube al Parador y por Vadillo, atraviesa el río Guadalquivir donde hay un abrevadero y desde este punto se dirige hacia el camino de Castril.

Remonta hasta Majadentro que es un lugar justo antes de coronar a la Nava del Espino, atraviesa Nava del Espino, Nava de San Pedro y en Pollo Manquillo o Maguillo, de árbol silvestre por el lado izquierdo se le une el cordel que desde este punto va hacia Collado Bermejo, pasa por el cortijo del Vado de las Carretas, nacimiento de Siete Fuentes, Vado de la Carretas en el río Guadalentín, Cruza el cauce justo donde existe un abrevadero y sigue por el cortijo de Poyo Tribaldo, cortijo de la Canalilla, cortijo del Raso del Peral, Puntal de Ana María y por el cortijo de los Tontos pasa a termino de Peal de Becerro hacia los Almiceranes y luego a Castril. La anchura de esta vía pecuaria y la anterior, es de 37,61 m.

Así como estas dos vías reseñadas en este capítulo, en las sierras del Parque Natura, existen muchas, la mayoría ya en desuso y otras rotas por las pistas forestales, carreteras y construcciones. Las rutas más hermosas discurren por tierras de estas vías pecuarias.

11- GRANDES RUTAS

POR LA SIERRA PROFUNDA - Por las cumbres del Salto del Moro 23-3-95

Carril. Andando o bicicleta. Zona restringida.

La distancia

Desde la cadena, en el puerto de las Palomas, hasta el cerro del Caballo de la Zarzas, son unos ocho kilómetros. El recorrido completo, ida y vuelta, suma dieciocho kilómetros.

El tiempo

Arrancando en la pista forestal de tierra y siguiendo su trazado hasta el Caballo de la Zarza e incluyendo un breve recorrido por las cumbres de este monte, pueden ser entre cinco a siete horas. Claro que depende mucho del ritmo de la marcha y los tiempos muertos para descansar y comer.

El Camino

En buen estado se encuentra la pista que sale desde el mismo puerto de las Palomas. Con este estupendo firme y por tierra bastante llana, discurre hasta la casa forestal

de fuente de la Zarzas. Desde este punto, la ruta se va para la cumbre del monte que corona por la izquierda y en todo este recorrido, no lleva senda alguna.

Ya regresando, desde la misma cumbre de este alargado lomo, cae hasta el collado o puerto de poyo del Rey. Por aquí se encuentra con un ramal de la pista que podemos seguir y volver por el mismo sitio o remontar por entre las rocas del Narigón, sin senda, hasta salir a lo más alto de este monte. Una vieja senda, ya convertida en pista de tierra, nos sale al paso y recorriéndola, un poco antes de la Cruz, topamos con la pista que nos traerá de regreso al puerto de las Palomas.

El Paisaje

Desde el mismo puerto donde que arranca esta ruta, la visión hacia los valles, el de Guadalquivir por la sierra y el de las Lomas, por los olivares, es grandiosa. Y por discurrir toda ella por las partes más altas de la cumbre, a lo largo de todo su recorrido, sigue ofreciéndonos amplias panorámicas, siempre con matices nuevos.

En cuanto coronamos la primera cuesta salimos a lo que propiamente es el Salto del Moro y al frente nos

queda la figura de las Albardas. Remontamos una larga cuesta y salimos al collado de las Albardas y cerro Campanillas y antes de que tengamos tiempo de reponernos de la emoción, llegamos al macizo del Blanco Carrasquea, un enorme castellón rocoso que se da la mano con las Albardas.

Siempre nos va sorprendiendo el bello paisaje de alta montaña que presenta toda esta ruta y más en cuanto avanzamos unos metros y caemos a la llanura del collado de los Plomos y enseguida a la Cruz. Una meseta delicada que se recoge en su silencio y escoltada de buenos ejemplares de pinos laricios.

A partir de este punto, la pista se desvía un poco hacia el lado derecho para salvar la mole rocosa del gran Narigón. Es aquí donde justo nacen el arroyo Saúco y el río Cañamares, en las vertientes sur y norte. Un profundo barranco por el lado derecho da paso a la pista y en cuanto remonta, entre asombro de espigones rocosos y vegetación disminuida por aquel incendio, coronamos al collado y llanura del cortijo de Comino.

A partir de este punto, la alta montaña, se hace más clara y los paisajes asombran más por su vegetación de sabinares, pinos laricios, enebros, majuelos y buenos ejemplares de robles. También la soledad se palpa como más densa y en todo momento, las tremendas panorámicas en todas las direcciones.

Lo que hay ahora

Justo por donde cruza el camino o vereda de trashumancia que traen los animales cuando salen de la sierra hacia las tierras de Sierra Morena, arranca la pista de tierra. Emprende la ruta y nada más remontar una cuestecilla, la primera curva, ofrece un precioso rincón. Alzado sobre el gran Valle del Guadalquivir, en lo hondo, la singular vista de Arroyo Frío.

Nada pero es interesante porque desde aquí y alzado sobre el valle del gran río, queda bajo los pies y en línea recta, arroyo Frío acunado en su río Grande, Vado Ancho y el río cayendo por su primera gran cascada. Se ve claramente el pequeño surco del Verdadero puerto de las Palomas y se ven la llanura por donde ahora discurre la carretera asfaltada que penetra en la profunda sierra.

Pero tengo que decir que es la tercera vez que voy a recorrer este trozo de cordillera. La primera fue aquel verano que trazamos una ruta de tres días. La comenzamos en Mojoque, subimos toda la preciosa ladera hasta las cumbres de la Sierra de las Lagunillas, hicimos noche en la abandonada aldea de las Lagunillas y al día siguiente remontamos a las cumbres del Almagreros, recorrimos toda la cuerda y vinimos a parar a las laderas norte del Blanquillo, cuyo nombre verdadero es Pedro Miguel.

Desde este punto arrancamos al día siguiente y después de bajar hasta el arroyo de Gil Cobo, remontamos por la pista y por las llanuras de Jabalcaballo. Todavía desde allí hasta el puerto de las Palomas hay una buena distancia pero la hicimos y a la tercera noche vinimos al pueblo de Burunchel. Fue mi primera vez recorriendo las cumbres de esta cuerda que por cierto nos resulto una de las experiencias más gratificantes que por estos montes he vivido.

La segunda ocasión fue hace dos o tres años. Cuando cayó aquella nevada tan grande que hasta los olivos, en los cerros de Úbeda, quedaron desmochados. Subí yo

una tarde y al llegar al puerto me quedé con el coche atascado justo en el mismo mirador. Pues ahí lo dejé y cogí y me vine toda esta pista adelante y llegué casi hasta la casa forestal de la Zarza. Y lo único que en esta ocasión buscaba era gozar la impresionante visión de la sierra toda cubierta de aquella tan buena nevada. Cuando regresé, que era ya casi de noche, entre unos amigos y yo, desatascamos el coche y ya me vine con la sierra clavada otro poco en lo más sensible del alma.

Ahora, esta mañana, no de nieve porque no ha nevado ni llovido bien este invierno, me pongo en marcha para recorrer mucho más en serio la ruta que tanto sueño porque tan bella es. Hoy es primer día de primavera y a pesar de lo verde que se ve el campo, estas cumbres están secas.

En cuanto dejo esta primera curva, me separo de la pista y monte a través, me subo buscando la emisora. Es aquí, en este cerro que me va quedando por la izquierda y que se llama del Mosco, donde en todo lo alto, la tienen instalada. La emisora esta es la central, la que recibe señales de todos los otros puntos de la sierra. Todavía no tengo muy claro muchas cosas por este lugar y por eso me gustaría encontrarme con algunas persona que me

diga por lo menos algunas de aquellas cosas que deseo y necesito. Creo que si no me encuentro con algunas personas por donde esta emisora, a lo largo del día, seguro que tampoco veré a nadie más. Y me gustaría encontrarme con algún pastor.

Así que atravieso el monte y conforme voy llegando a las instalaciones me voy desanimando. No parece que hoy haya nadie por aquí. Y me digo que es raro porque a estas alturas del año ya he oído decir que están organizando las cosas para prevenir los incendios. Pero no hay nadie en esta emisora y lo siento.

Ya que estoy sobre las cumbres de este bello monte, echo una ojeada al entorno. Se ven unas buenas panorámicas desde este punto y no me voy a ir sin gozarlas. Y por pura casualidad lo primero que miro es el cerro que me queda frente. Bueno, miro para esa zona donde he dejado el coche y la carretera se atreve a cruzar el puerto. Desde donde estoy me queda casi en los mismos pies. Es un buen portillo el que sobre esta cumbre se abre y por ahí, es por donde le han metido la carretera del asfalto a la sierra.

Pues estoy mirando y me paro en el pico Viñuela, me vengo para el portillo y me acerco a este otro cerro donde estoy parado. Y de prontos, descubro que el Viñuela y el Mosco, son dos cerros casi cortados los dos con el mismo patrón. En línea recta los dos, sobre lo más alto de la gran cuerda, redondos los dos y lo más curioso: sólo 76 metros de diferencia, en su altura, entre uno y otro.

Y ahora me digo que mira que he pasado veces por el lugar y hasta este momento no me he dado cuenta. Y, además, el tema tiene todavía mucha más curiosidad porque ahora mismo me acuerdo que por esta zona de la sierra, en el valle del Guadalquivir, se vuelve a repetir el mismo fenómeno. Los dos cerros gemelos de la Cueva y del Molinillo junto a la vieja piscifactoría de la Rejona, repiten en pequeño, lo que acabo de descubrir sobre la cumbre.

Y más en grandes sobre esta misma cordillera se vuelve a repetir la belleza. Sería por tercera vez y esto es allá por el pico Blanquillo. Dos preciosos picos se alzan allí casi perfectos y como están en lo alto de la cuerda, en cuanto los miro me lleno de asombro. Son también como estos del puerto de las Palomas y por ser tan perfectos y

destacar tanto sobre las cumbres, están bautizados con el nombre de Hermanillos. Cosa delicada que queda aún mucho más dignificada por el punto exacto donde se encuentra: en la misma cabecera del río Aguascebas Grande.

Ya estoy frente al cerro de la emisora, en la misma cuerda pero en el otro monte más adelante. A la derecha, una pista que sale para abajo. Es un ramal del carril que desde la vieja piscifactoría de la Rejona, sube por el arroyo del Zorro buscado la casa forestal de la Cruz del Muchacho. Este camino, viejo y de aquellos tiempos, presenta otra salida del Valle hacia el puerto de las Palomas.

Unos metros más adelante, a la izquierda sale otra pista de tierra que baja para el barranco donde nace el arroyo de los Morenos. Una impresionante depresión a la izquierda de esta cuerda que aun desconozco. Por esta zona de la sierra hay mucho más presencia de cortijos, olivares y tierras de cultivo aunque también existen buenos rodales de bosque y cantidad de arroyos. Esta primera cuenca que veo aquí sería la número uno de los seis o siete grandes barrancos que van descolgando de

esta cumbre hasta llegar al Narigón, donde nace el río Cañamares.

Ahora mismo estoy subiendo y según descubro, me digo que el cerro que voy remontando es el tercer hermano del cerro de la emisora. Estoy bastante elevado y al tocar este punto, miro para la izquierda y descubro que se me abre, mucho más grande, la anchísima vertiente del río Cañamares.

Sobre mí, en este momento, están volando catorce buitres leonados. Y es que algo más atrás, hay un rincón cercado con alambrada y dentro, le echan animales muertos para que coman. Es un comedero para los buitres leonados que tanto abundan en estas sierras.

Pisando ahora como estoy pisando las tierras que rezuma presencia de aquellos hombres, se me viene al recuerdo varías imágenes suyas. Fue una época nueva que irrumpió con fuerza en estas sierras y en las vidas de las personas que la poblaban. Con tanta fuerza que dicen que por aquí venían a buscarlos, a interesarlos para que se decidieran y se fueran.

- El próximo autobús sale mañana y va directo a Barcelona.
- Es que todavía me lo tengo que pensar.
- No seas tonto. Tú sabes el de la María y del de la Petra, se fueron y ahora viven en la gloria.
- Pero allí me sentiré perdido.
- Eso pasa sólo en los primeros días. En cuanto encuentres trabajo, os juntáis varios y alquiláis un piso y ganar dinero y vivir bien. Allí se gana el dinero con la mayor facilidad del mundo. Eso sí, trabajar tienes que trabajar pero no te duele porque a los pocos días tienes los bolsillos llenos de billetes.
- Esto es lo que me dicen casi todos los que ya se han ido, que aquello parece un paraíso.
- Lo parece y es mucho más. Aquello, por todos sitios personas a montones, tiendas, bares... mucho más que un paraíso y con la ventaja de estar todo el día rodeado de gente y comiendo bien y no como aquí.
- Es que no estoy muy seguro.
- Si fueras el primero, podrías temer pero después de tantos como ya estás viviendo la experiencia, no sé de qué tienes miedo.
- La tierra de uno es la tierra de uno.

- Eso es verdad pero cuando en las tierras de uno no se puede vivir o se vive malamente, es necesario buscarse la vida por donde sea. Hoy todo el mundo emigra porque es necesario buscarse la vida.
- De todos modos, quiero estar seguro de lo que voy hacer.

Ahora ya sí estoy en lo alto. Miro hacia la loma de Úbeda y en primer plano tengo un pequeño bosque de pinos. Doce o catorce y son laricios con troncos grandísimos. Y están quemados, negros por la parte baja. Se ve claro que esto a ardido no hace mucho. Y hacia que abajo me queda una larga ladera que por un profundo barranco donde al fondo veo una pista y unas cuantas casas. Tiene pinta de estar abandonadas.

Siguiendo el camino, tengo cerca de mí una curva menor y a la derecha, los cortes de las rocas. Para que la pista pase las tuvieron que cortar a pesar de ser bonitas. Al frente y desde este curva, veo otro grueso pino.

A partir de esta curva para delante, la pista ni sube ni baja, sino que entra en un trazado de terreno llano, aunque baja levemente buscando un portillo entre el cerro

que he remontado y el que me queda frente. Pero al encontrarse de cara con este cerro que me va saliendo al paso, la pista se viene por el lado de la izquierda. Quiere subir a la cumbre pero no por la parte más complicada y va buscando el collado que ya veo. Se llama cerro de las Albardas este que tengo al frente.

Voy avanzando y como no dejo de ver la silueta de este gran cerro, me digo que en cuanto encuentre una subida agradable, me echo por ahí y lo corono. Pero me apetece seguir por el buen camino que llevo ahora porque además de cómodo, la visión es completa total y relajante.

Por el lado de la derecha me va quedando el portillo que desde esta cumbre se abre entre el cerro Albardas y su compañero anterior. Un roto que bien puede ser otro puerto por donde fácilmente se cuela de un valle a otro valle y desde donde se divisa una impresionante porción de tierra tanto hacia el Guadalquivir a su paso por la sierra como hacia las lomas de los olivos.

Dije que me iba a venir por la parte más alta del monte para coronar la cumbre del cerro Alabardas pero no ha sido así. Desde el collado chico me he vuelto otra vez a la

pista y pun, pun, he subido por ella hasta venir a caer a este otro collado. Creo que me encuentro a unos seis kilómetros de donde tengo el coche y justo sobre los mil trescientos metros de altura.

Es este un punto donde acaban todas las alturas y la tierra se allana para dejarse derramar en varias direcciones. Nacen por aquí bastantes arroyuelos. Hacia el lado del levante que es el valle del Guadalquivir y hacia el poniente que también es valle del Guadalquivir pero primero se derraman en el río Cañamares.

Este del Moreno es un gran arroyo que tiene su comienzo justo donde ahora piso tierra. En la pequeña llanura de la izquierda por donde me voy a ir dentro de un rato y lo digo porque ahora mismo tengo más interés por la parte esta del cerro de las Albardas. Ya lo tengo coronado y le voy entrando desde el norte hacia el levante al tiempo que me vuelvo un poco para atrás. Intuyo que desde estas alturas voy a tener un buen mirador hacia el valle.

Pero no, nada se ve porque da la casualidad que la cumbre por aquí está bastante redondeada. Crece un

espeso bosque de pinos y entre ellos, los robles. Pero a pesar de que el bosque no me deja ver el valle, sé que ahora mismo me encuentro frente al Cantalar.

Antes de cruzar otra vez la pista me tropiezo con el gran pino laricio que es de los llamados banderas porque se ha doblado en la dirección que sopla el viento. Es un ejemplar de lujo y el tronco retorcido. Se le ve una buena herida. Un corte que le fueron haciendo para sacarle la resina.

Cruzo la pista y por el lado de la izquierda ya estoy metido entre los troncos de pinos que ha quemado el fuego no hace mucho. Por aquí y desde aquí para delante es donde el fuego se cebó. Fue aquel un tremendo incendio que hasta sembró el miedo entre las personas que pasaban sus días de descanso por los hoteles del valle. Bien que lo recuerdo y lo que de él dijeron los periódicos.

Estoy subiendo la cumbre de este pico que es como un gran aguilón en todo lo alto. Es una bella atalaya frente al valle de los olivos y también sirve para dividir los dos arroyos que llevan por nombre de Moreno y la

Vacarizuela. Por aquí cerca pasan los límites del Parque Natural.

Según remonto hacia el picacho de este precioso monte, me tropiezo con pequeñas florecillas de scila. Señal esta de que la primavera ya está aquí y podría decirse que este año, sin que haya llegado el invierno. En lo más alto de la roca estoy ya y es un gran barranco el que yo tengo a mis pies. Dos amplios barrancos que arranca desde aquí mismo.

Por el lado de la derecha es por donde tengo el más señorial de los barrancos que ya dije, el año pasado, ardió por completo. Ahora que lo veo, me asombro porque es mucho lo que por aquí se quemó. Una desolación es lo que ahora mismo se ve en esta tierra. Y desde este mirador grandioso, veo que por las tierras quemadas han abierto muchas pistas para sacar las maderas.

En las partes más altas, aún se ven algunos robles verdes. Las llamas han arrasado todo el barranco del arroyo del Higueral. Es natural que se me rompa el corazón y se me venga a la mente la imagen de aquel niño serrano.

Voy bajando la pista y a la derecha me encuentro, en la pequeña cuesta del terreno, agua. A pesar de la altura, la gran sequía de este año, por aquí mana el chorrillo limpio que se va en la dirección que llevo, buscando la cabecera del arroyo del Saúco. Es por aquí por donde tiene que seguir la pisa, ya que por la parte de arriba, la cresta de la cuerda, se lo impide el tremendo bloque de rocas que se amontone alrededor del Narigón.

Este arroyo es de poca entidad si lo vemos a lo grande pero de magnifica belleza y honda personalidad si lo miro desde donde nace. Subiendo por su cauce, viene la linde entre Santo Tomé y la Iruela.

Voy llegando al barranco y conforme bajo la pista, veo el fuego volcando desde aquel barranco a este que piso. Fue por aquí donde se dio la gran tragedia y lo digo porque todo este barranco hasta lo alto de la cumbre, estaba cubierto de un magnífico bosque. Y como lo hondo del valle, están los hoteles, los que en ellos paraban, en aquellos días, se asustaron y se fueron.

El fuego se dio el miércoles día 21 de julio de 1994 y desde este día hasta bastantes semanas más tardes, los periódicos dieron mucha información. “Un incendio arrasa más de cien hectáreas en el término de la Iruela”. Un día después decían que el incendio fue provocado y por eso se habían detenido a dos hermanos por el incendio de más de 342 hectáreas. Luego dijeron que el incendio había quemado más de mil hectáreas y que las pérdidas se calculaban en más de cincuenta millones.

Estoy todavía en lo más hondo del barranco y descubro que a la derecha de esta pista, sale otra que no parece muy importante. Y no lo es porque se trata sólo de un trozo de jorro que muere entre los pinares unos kilómetros más abajo, ya dando vista a las tierras de Tejerina. Si tuviera más tiempo ahora mismo recorrería este camino porque el rincón de Tejerina me atrae.

Mana una fuente fresca y caudalosa, en uno de los barrancos escasos que cruza el ajorro que dejo por la derecha. Los pastores lo conocen porque ahí tienen tornajos para que beban las ovejas, con el nombre de fuente de la Tejailla. Y aquella noche que el pastor joven

recogía su rebaño para las partes altas y luego dejarlo e irse a su cortijo, le pregunté:
- Y esta pista ¿a dónde va?
- Muere un poco más abajo, en un rincón que le llaman piedra Colorá.
- Y si la sigo ¿llego a Tejerina?
- Se puede llegar pero por el camino de herradura que continúa bajando.

Yo pretendo que el Salto del Moro no sea toda la cuerda sino sólo un punto en un lugar concreto de esta cumbre. Mas voy descubriendo que no es así. Parece que no puede ser así. La pista que recorre la cumbre me parecía que tenía antes que llegar a Piedra Rubia y tampoco es así. Baja y se va para la Torre del Vinagre. Siempre me pasa igual: según voy recorriendo los caminos de estas sierras, descubro que las cosas no son como en mi mente las tengo.

El gran barranco que voy atravesando creo que se llama cañada Junquera. Sigo y busco remontar la cuesta. Ahora miro y veo una manada de cabras monteses. Se mueven por entre la vegetación quemada que tengo a mi

derecha. Y lo que sí me llama la atención es encontrarme cabras monteses por estas zonas.

Sigo subiendo y ahora ya estoy en el centro del bosque que ardió. Es un terreno este muy abrupto con una gran espesura de bosque y por eso el fuego prendió tan bien. Estoy viendo algunas de las que llamo rocas dinosaurios. Son trozos de grandes placas que al erosionarse se han quedado alzadas sobre otras rocas que le sirven de soporte horizontal. Simulan como grandes figuras de animales raros. Por toda esta ladera me las he encontrado muchas veces.

En el segundo barranco después de la cueva de los espárragos sigo viendo más troncos de pinos ardidos. Un buen pinar de algunos ejemplares impresionantes y por completo calcinados. Verde por aquí, sólo veo gamonitos y las endebles matas de hierba.

Subiendo el repecho del segundo barranco, me encuentro con dos viejos robles entre los pinos quemados que también están calcinados. Me paro, miro para atrás y exactamente: frente a mí queda un pico

rocoso que es el que la pista ha salvado viniéndose por el lado del levante.

- Es una nariz gigante.
Me dijo el pastor aquel día.
- ¿Y como se llama?
- Esa roca, ese narigón que sobresale apuntando al cielo es lo que le da nombre a todo el conjunto e incluso al monte que le precede.

En cuanto remonto descubro la panorámica hacia el valle. Se ve desde aquí, desde arroyo Frío para abajo. Una gran lancha de rocas blancas. Surgiendo de entre ellas grandes robles. Por este trozo no llegó el fuego porque no existe monte bajo.

Ya estoy en lo alto del puntalillo. Me pregunto que cómo se llamara y me digo que al volver, si me encuentro con el pastor, le voy a pedir que confirme los nombres. Frente y recto, mirando hacia el valle, tengo el cortijo del Cantalar. Sigo unos metros porque sé que no muy lejos me queda la casa forestal fuente de la Zarza. Caseta es como la llaman los pastores.

En dirección a Villacarrillo, tengo un cerrete muy recogido por donde me voy a ir ahora. Aprovechando la tierra llana que pega al Narigón, se alza el cortijo del Camino. Por el lado de la izquierda, se me aparta una pista que ahora sé, remonta el collado o puerto del Narigón y baja hasta el cortijo Poyo del Rey. Un precioso bosque de robles me viene acogiendo. Para mí sólo en estos momentos me digo que toda la cuerda que tengo por delante, la voy a retener en mi mente como la cuerda de los robles. Desde aquí hasta las Lagunillas, crecen más de cien milenarios.

Sigo y me encuentro con excrementos de vacas. Hace unos momentos he visto que las vacas estaban pastando por el barranco. Al verme se han espantado, dando un gran bandazo y se han ido para el barranco de la Tejerina. Las vacas por estas sierras, son todavía restos de aquel batallón de serranos. Sé que por el collado de los hematites, les ponen sal para que laman y a ese lugar seguro que acudirán al caer la tarde.

Por la pista que va atravesando la llanura, corre un chorrillo de agua que viene desde el cerro gemelo al Narigón. Como todo ello es un gran macizo de rocas

calizas, pienso que es natural que rezume agua por esta hondonada. Voy coronando la preciosa llanura pisando su hierba.

El pastor me dijo:
- Ese es el cortijo de los cominos que luego ya, de ahí para arriba, todo ese terreno se llama Majá Larga, porque es un cerro muy largo.
En la dirección que traigo, en primer plano se me presenta otro grueso roble, rocas blancas llenas de musgo aunque seco. Y sigo cruzando la ladera por esta casi llanura sin más vegetación que los robles y pequeñas matas de hierba y me doy cuenta que existen aquí como unas terrazas en la tierra. Y es que por aquí, en aquellos tiempos, sembraban porque la tierra es de la mejor calidad.

Estoy ya a dos metros del viejo cortijo. Lo rodeo por el lado del levante que es por donde quedan las dos puertas que miran a Peña Rubia. Es decir, la parte de atrás queda al lado del poniente que siempre es de donde soplan con más fuerza los temporales. Descubro que las paredes son de piedra con un cobertizo y tiene una puerta y una ventana.

Conozco que el cortijo del Comino es una cosa de nada, perdida en la ladera de este gran monte que roza los mil quinientos metros. La llanura le rodea pero en pendiente con sus robles solitarios frente al sol de la tarde. Tiene todavía su chorrillo de agua, su lejanía donde todo es soledad frente a los fríos, las nevadas y las lluvias.

- La soledad se lleva de frente en los días del invierno.

Dirían ellos.

- ¿Y qué más?

- Cuidar ovejas, cultivar huertos, sentir el abrazo del viento y a todo lo ancho, la gran soledad.

Aquí late la belleza y se respira el sabor de la eternidad. Quizá por ello los robles son lo que son y el silencio hasta tiene acento de melodía.

- ¿Y todo esto tan largo tiene el mismo nombre?

- Lo de majá Larga se le puede aplicar a la primera parte de la cumbre porque el cerro alto que se prolonga, también se llama caballo de la fuente de la Zarza. Tiene más de un kilómetro y eso se comprueba recorriéndolo.

Por detrás del cortijo sigo remontando en la misma dirección que lleva la pista y exacto: este barranco es el que origina la fuente de la Zarza. Desde aquí ya veo Peña Rubia. Me vuelvo para atrás y sigo subiendo. Unos metros más arriba y veo el tejado de la casa forestal. Casi me asombro de lo grande que es y más, si la comparo con el cortijillo del Comino.

Estoy ahora mismo jadeando por el esfuerzo de la subida y también, por la emoción del momento. Y lo vuelvo a repetir: creo que no existe emoción más limpia y profunda que la experimentada en lugares y horas como estas. El silencio, la soledad y grandeza de estas cumbres transmite gozo único.

Acabo de coronar el cerro y lo hago por un corte que las rocas de la cresta ofrecen en forma de trinchera. Aquí crecen varios robles más. Y justo cuando he terminado de atravesar el portillo y salir al espacio abierto, he visto lo impresionante. De la parte de norte y de las rocas que me coronan, ha saltado un ciervo. Un ejemplar macho y solitario que a cruzarse rozándome casi la cabeza, ha quedado recortado en el azul del cielo y sobre las

cumbres lejanas. Por un instante me ha parecido un toro por lo gigante y porque me ha cogido desprevenido.

Va cayendo el día y ahora mismo, sobre esta cumbre corre bastante aire. Está seca la tierra y el este aire, junto con el sol fuerte que calienta bien, hoy está dejando más seco todo el campo. ¡Una pena de año! Es lo que todo el mundo dice por todos sitios. Pero, aún así, sobre estas cumbres, se ven buenas praderas de hierba. Por algo se refugian aquí los ciervos solitarios y gigantes a parte de la soledad.

Miro a la derecha y desde aquí veo otra vez un cortijo que se adivina antiguo. Pastan junto a él una manada de cabras negras y un poco más adelante, el gran barranco. Se extiende por ahí una cañada muy bella que voy a recorrer dentro de unos días. El macizo de picos que coronan por el lado derecho se llama Alto de los Palancares. Y son otros palancares distintos y en lugar diferente a los que conozco. Se nota que en este cortijo sí vive gente.

Como ya estoy regresando, desde este punto ahora tengo dos alternativas: volverme por la pista o seguir recto

por lo alto de la cumbre del Narigón y salirle a la pista por el collado de los hematites. Lo estoy pensando mientras no dejo de bajar buscando el collado que vuelca al barranco Poyo del Rey.

Si me vuelvo por la pista, tendré mucha más comodidad pero el recorrido es más largo. Si decido seguir en línea recta tendré que atravesar todo el macizo del Narigón. No me asustan ni las rocas ni el que sea más complicado. Durante unos instantes miro a un lado y otro y por fin decido: voy a regresar por lo alto de la cuerda.

Ando y a doscientos metros ya estoy debajo del Narigón y ahora es cuando veo con claridad que tiene sentido este nombre. Exactamente eso es esta roca: una nariz gigante que arranca del montón de rocas sobre la cumbre y se alza solitaria hacia arriba pero inclinada y como si estuviera apuntando al norte, al barranco del rey.

Me tropiezo con un trozo de tierra que ha sido preparado. Se encuentra en todo lo alto y como tiene forma redonda se parece a una era. Sería la era del cortijo del Comino porque aquí corre bien el viento y eso

para aventar las mieses criadas en estas mismas tierras, era cosa buena.

Ya veo con claridad lo que hasta ahora sólo intuía: la pista no puede entrar por esta raspa rocosa. Es muy robusta y por completo muralla. Me arranco y comienzo a penetrar por entre las rocas. Las tengo totalmente de frente y casi en vertical. La única manera de seguir es buscar grietas. Un poco por la izquierda están rotas y por entre sus rajas voy pasando. Desde este punto, a parte de atravesar el castellón rocoso, tengo que subir hasta los mil cuatrocientos diez metros.

Atravesada la parte más escabrosa, lo que sigue lo encuentro más cómodo de andar. Me quedan rocas por delante porque el macizo del Narigón no es sólo una especie de cañón rocoso que apunta hacia Barcelona, sino todo un tremendo cerro donde los peñascos se amontonan desordenadamente pero lo más difícil, lo he superado.

Y ahora que voy por aquí estoy captando algo que me parece confirmaré enseguida. Desde el barranco, por el lado derecho según regreso, casi se adivina una senda.

Nadie me lo ha dicho ni viene en los mapas pero tanto el terreno como los cortijillos por el barranco y la pista por la cumbre, me dicen que por aquí debe ir una senda. Es para entrar a estos barrancos viniendo desde el puerto de las Palomas en los tiempos en que no eran necesario las pistas porque no existían los coches. La intuyo y no tardo en descubrirla.

Al salir de unos pinos me tropiezo con una especie de surcos que suben o bajan trazando zigzags. Es esta la antigua senda que ya casi no se nota por lo desusada. Conforme voy subiendo por la vieja senda, de pronto, en el cerrillo y entre los pinos, una manada de ciervos. Huyen al verme y en unos metros, piso las tierras quemadas por aquel incendio. Todo por completo carbonizado.

Voy por todo lo alto de la cuerda y me encuentro metido en el mismo centro de lo que las llamas arrasaron. Por los restos que veo se quemó aquí un rico bosque de pinos negros y muchas sabinas. En pie quedan todavía sus troncos aunque negros. Sabinas centenarias clavadas en las puras rocas que resistieron las nevadas y los estíos pero que sucumbieron bajo las llamas del incendio. Me

dijo el pastor que por donde va esta senda, se llama el poyo de las Sabinas y caía bien tal nombre hasta que las llamas pasaron arrasando. Cuando en aquellos días ardían estas cumbres, ¿qué espectáculo no serían?

Y como no puedo hacer frente a lo que fue esta cumbre y ahora es, me conformo un poco con la hierbecilla que ha nacido mientras ya comienzo a bajar siguiendo la vieja senda que busca la pista. Va esta vereda por lo más accesible del terreno y muy bien marcada de lo mucho que fue andada por aquellas personas que a lo largo de tantos años la recorrieron.

Y aquí, justo donde la pista comienza a bajar para venirse por el lado del valle del Cantalar y así salvar el castellón rocoso del Narigón, es desde donde se le aparta la senda o se le une, según ahora vengo. Pero ahora, cuando me quedan pocos metros para volver a pisar la pista, un temor me corre por dentro. Cuando otro día vuelva por el lugar ¿podré pisar de nuevo esta senda o ya la habrán roto?

Y lo digo porque después de lo mucho que por estas cumbres arrasó aquel fuego, sé que viene otra

destrucción consentida y hasta respaldada por decreto ley. Tienen que sacar del lugar la madera quemada y necesitan trazar nuevas pistas. No es de extrañar que por donde ahora todavía queda un trozo de aquella vieja senda, metan una potente máquina y arranque lo poco que con vida queda, levanten la tierra y echen a rodar las piedras que sujetan, el cuerpo de aquella vereda.

Mientras tanto, ya he llegado a la pista. Son exactamente las tres y treinta y cinco minutos de la tarde. Cuando comencé la ruta por el puerto de las Palomas, el reloj marcaba las doce de la mañana. Así que en la Cruz, por el lado norte del pico Albarda y sobre la cumbre, termina la ruta preciosa del Narigón que por encima de todo, rezuma silencio, lejanos horizontes y presencia real de Dios.

Los nombres por el rincón

Cuando ya venía bajando desde el collado de los Hematites hacia el morro de las Allanás me he tropezado con el pastor del lugar. Me paro, lo saludo y le comunico que ahora mismo estoy alegre por dentro y luego le digo:

- Y también estoy perdido por estas sierras porque ni siquiera sé de dónde vengo.

- ¿Qué es lo que deseas saber?
- Dónde cae la cueva del Salto del Moro y los otros nombres.

Y él:
- Cuando subías desde el puerto de las Palomas, el primer carril que te has encontrado a la derecha, donde el carril empieza y sigue bajando, a unos cincuenta metros se encuentra esa cueva. La del cornicabral la tenemos algo más abajo, donde hace el molino.
- ¿Y el Salto del Moro?
- Pues ya te digo, ahí mismo. Donde está la cueva y el arroyo que hay más abajo, no es del Zorro, sino royo López. Y lo de la emisora es el Cerro del Mosco.

Y cuando se llega a este collado que tenemos encima, se llama Cerro de los Plomos y algo más adelante tenemos la Tejadilla, el cerro que queda a la izquierda del cortijo de los Cominos, se llama Majá Larga y si nos venimos aquí más cerca, este collaillo que llamas el portillo de los lobos, es el Morro de las Allanás y el que se ve al lado del Cerro de los Plomos es el Blanco Carrasquea.
- ¿Y los Palancares?

- Eso está mucho más allá de esa zona. Por donde tú has visto los cortijillos del Poyo del Rey y se llama el Alto de los Palancares, que por ahí se encuentra el barranco del Acebo, que es el que vuelca a dar vista a lo que es el Embalse de Guarondo.   los cortijos que hay por la falda del Pardal se llaman Cañá del Avellano y la ladera de la izquierda, el Segaor.

- ¿Y el Narigón?

- Es el que corona la Tejadilla y ese monte se llama así porque es que tiene una piedra que parece una nariz grande. La Majá de los Carneros la tenemos a nuestra izquierda y junto a la fuente del mismo nombre.

- Y ahora que hablas de fuente, la del Cocón ¿cual es?

- Esa fuente es que ya se ha perdido pero manaba donde mismo hemos dicho que se separan los carriles y en lo alto de una lastra que hacían un cucón.

- ¿Y sabes tú cuándo se perdió?

- Pues yo tengo cuarenta y seis años y desde que tenía seis estoy por estas tierras y por aquellos años fueron los últimos que se vieron los borbotones que salían de esas piedras.

- ¿Pero en todo lo alto de la cumbre?

- En todo lo alto y en el mismo centro de la lastra es de donde salía la fuente. Y aguantaba a lo mejor hasta el mes de agosto sin secarse. Luego ya se arruinaba y apenas volvían las lluvias del otoño, ya salía otra vez. Lo del cucón, seguramente se lo pusieron porque hacia como una pileta en lo que es la lastra. Digo yo que le pondría aquello y por eso es el cocón.

- Y a lo que se ve desde el cerro de los Palancares hacia la izquierda ¿cómo se llama?
- Ahí es que hay dos zonas. Una que se llama el Poyo de las Sabinas y volcando hacia la cerrada esa que se ha quemado, Hoyo Redondo y esto, al mismo volcar aquí, se llama la Morra y la Campanilla y otro poyo que hay más abajo, se llama el Cinto. Este nombre le viene porque hay peñones al lado de arriba y por abajo.

Por debajo del Poyo de la Sabina está el Collao del Pedro Gómez, y más abajo, por el barranco que pasa agua, es la Bruna. Hay por allí un cortijo que le llaman la caseta de los Resineros, la morra de más allá, es la Cañá Aquilino y el Poyo del Rey, otra casilla que hay más para acá.

- Y por donde está la Nava del Puesto, el pico ese ¿cómo se llama?
- Eso se llama la Morra que está encima del mismo barracón y más para allá que hace como una cuerda así pelada, se llama el Pez del Trigo y más para delante está el Collao Mariquilla y a este lado del Pez del Trigo, esa ladera de piedras sueltas, se le llaman Los Asperones.

- ¡Cuántos nombres en tan poco sierra ¿verdad?
- Es que cada sitio se llama de una manera. Esto que tenemos aquí cerca le llamamos la Cueva del Salto del Moro, el Salto del Moro, los Hoyos del Salto del Moro, a esto le llaman la Peña de la Cabrilla, aquí más arriba que hay otro collao, le llaman el Pino Viento, un poquillo más allá, como ya te he dicho, el Morro de las Allanás, algo más arriba que están los riscales, le llaman Los Picones y luego este el Blanco Carrasquea y ya que vuelca, las Bañas, volcando así, el Cerrillo de las Abuelas, Cueva Perales, el Barranco de los Morenos, el coto de Vacarizuela, que vuelca a aquel lado. Por este lado tenemos el barranco de la Cañá Junquera, Piedra Colorá y más abajo Tejerina. Hay una cueva por esa zona que se llama Cueva de la Tejerina. En lo alto que habrás visto una alambrada, pues a eso le llaman la Cruz.

Esto es que tiene muchos nombres. La sierra tiene muchos nombres porque por ejemplo, desde el Salto del Moro para abajo a eso le llaman la Cueva del puntalillo y luego aquello...

Ya está cayendo la tarde y como tiene prisa, me dice:
- Tú te vienes por aquí otro día más temprano para que tengamos tiempo suficiente de hablar de estas sierras. Y eso, la cueva, está ahí mismo. Desde aquí casi la estoy viendo. En esa lastra blanca que se ve por entre las sabinas. Que nosotros hemos usado mucho esa cueva para encerrar en ella el ganado. Por eso, lo primero que se ve es una pequeña alambrada que rodea a la entrada. Donde ya se ven los alambres, ahí mismo se abre la boca de la cueva.

Y como la noche va cubriendo el campo, lo despido, sigo por la ruta de vuelta y mientras regreso, me digo que ya vendré otro día a ver esta cueva del Salto del Moro. Y sino puedo venir y no la descubro, tampoco pasa nada. La experiencia primera la he vivido y con tanta profundidad que para la eternidad, todo se queda grabado en mi corazón y con la fuerza de lo limpio y bello.

La fragancia eterna

Es tal como ya lo tenía intuido: es esta la cumbre donde el hermano pequeño subía a darle la hierba fresca al rebaño de ovejas. Cuando los tres hermanos, los dos mayores y el mediano, se venían a estos poyos con sus ovejas en busca de la hierba fresca del verano, el hermano mediano por aquí bajaba al valle atraído por el cariño de la hermana pequeña.

La niña, como cariñosamente los hermanos la llamaban, estaba enferma. Y aquella enfermedad aún despertaba más el cariño dentro del corazón del hermano mediano hacia ella. No existía en el mundo para él cosa más grande y bella que su niña. Por eso, en cuanto en verano se subía a la cumbre con los otros hermanos, como desde la lejanía no podía olvidarla en ningún momento, se pasaba el día pensando en algún regalo para ella.

Cosas sencillas recogidas en las tierras de la salvaje montaña. Un ramo de flores cortadas de las aguas limpias al borde de las fuentes, algún polluelo de perdiz cogido por entre las matas de romero en la solana y otras veces,

lo más bonito y original: un regalo hecho por él mismo, tallado con sus manos sobre un trozo de madera vieja. Así fue como le surgió la idea de ofrecerle una muñeca. Pero, según él y su cariño por la hermana pequeña, tenía que ser la más bella muñeca que nunca hubiera existido.

Buscó por entre los robles del barranco y el mejor trozo de madera seca lo escogió para su obra. Una rama sin vida pero no podrida, con su nudo al final que sería la cabeza. Calculó las medidas del cuerpo, los brazos y la cabeza y se puso a trabajar.

- ¿Y qué vas a hacer ahora?

Le preguntaron los hermanos mayores.

- Es para que juegue nuestra hermana. Tengo que ir un día de estos a verla y quiero darle una alegría.

- Pero tú no sabes trabajar en la madera. Esas son cosas para los artistas que, además, estudian mucho.

- Estudiaré cuando luego sea mayor. Pero mi primera obra con un trozo de mi corazón, se la quiero ofrecer a nuestra niña.

Así fue como en hermano mediano se puso a trabajar en su proyecto. A partir de aquel momento a todas horas

se le veía con su pequeña navaja, su trozo de madera y tallando pacientemente.

- Quítale un poquito de aquí.

Le decía el hermano mayor.

- Sí, y ahora de este lado.

- Ya se le ve la forma de la cabeza.

- Y la parte del cuerpo ¿para qué tan grueso?

- Lo ahuecaré por dentro, en forma de tubo para que ella pueda guardar sus cosas.

-¿Y crees que le gustará?

- Tiene que gustarle porque se la estoy haciendo yo.

La niña, que todavía era pequeña pero que ya corría por los campos tras las mariposas, era la flor más bonita que nunca nació por estas sierras. Tenía su cara redonda, la nariz chata, los ojos azules y labios dulces como las moras de las zarzas. Y como desde que nació la niña estaba enferma, la madre no se apartaba de su lado en ningún momento. Pero más que nada, la niña quería mucho al hermano mediano y éste a su ve la quería a ella.

Ya la madre confió en que como era mayor podía cuidar algo de ella y cuando llegaban los días de primavera, dejaba que la niña se fuera por el campo en

compañía del hermano. Y el hermano, para hacerla feliz, se la llevaba por las praderas y allí, entre las florecillas y la hierba, comenzaba sus juegos. Pequeñas carreras hasta la corriente del agua, algún tropezón y a rodar llanura adelante sin dejar de reír y con los brazos abiertos como queriendo abrazar al viento para cogerlo. En fin, todo un mundo repleto de fantasía y sueños que llenaba de gozo a los dos y sobre todo, a ella.

No había un momento en su vida que no estuviera él pensando en hacerla feliz. Y esto era lo que ahora se le despertaba por los poyos de aquellas montañas mientras tallaba el trozo de madera.

- Ya la tengo terminada.

Dijo una mañana al salir el sol.

- La muñeca tallada por mí en madera de roble para la niña, ya la tengo terminada.

- Y te ha saliendo bonita ¿Cuándo se la llevas?

Le pregunta el hermano mayor.

- Esta tarde bajo al valle.

- ¿Tú sabes una cosa?

- ¿Qué debo saber yo?

- Que la niña hoy cumple ocho años.

- ¿Y por qué te crees que quiero bajar esta tarde al valle?

- ¿Lo sabías?
- Si no hay nada en el mundo que sea para mí más grande e importante que ella. ¿Cómo no voy a estar atento para hacerla feliz en un día como el de hoy?

12- GRANDES RUTAS
POR LA SIERRA PROFUNDA - Por el camino del Poyo del Rey 13-4-95

Carril. Andando o bicicleta. Zona restringida.

La distancia

Desde el lugar llamado la Cruz y siguiendo estrictamente todo el itinerario que traza esta ruta y hasta el mismo punto de partida, son unos diez kilómetros. Pero a este recorrido hay que sumarle las distancia que va y vuelve desde el Puerto de las Palomas.

El tiempo

En hacer el recorrido completo, más en profundidad desde el lugar llamado la Cruz y hasta el regreso, se emplea unas cinco horas. Pero como luego tenemos que volver al Puerto de las Palomas, es necesario disponer de

una jornada completa y tener muchas ganas de andar. La excursión merece la pena.

El camino

Desde la Cruz hasta al cortijo Poyo del Rey y luego hasta la nave de la Cañada de Aquilino, se hace siguiendo una pista por lo alto del morro del Narigón, luego un trozo de vieja senda y después otra vez la pista. Desde la misma nave donde nace el río Cañamares, hay que irse campo a través por la ladera que baja desde los Palancares hasta encontrar la senda que desde la Nava del Puesto, arranca y desciende cortando la pendiente del cerro.

Ya en la senda, la opción es volver un poco por la izquierda y entrarle al macizo de los Palancares por todo lo alto y luego bajar a la misma caseta de la Nava del Puesto. No hay ninguna senda por este rincón aunque tampoco es difícil coronar los picos y recorrerlos, siempre que se tenga un buen sentido de la orientación y se pueda situar bien el punto al que hay que salir para regresar.

Desde este collado de la Nava del Puesto, la senda recorre la llanura ya convertida en pista y viene a caer por

la ladera del barrando de la casa forestal de Fuente de la Zarza. El regreso hasta la Cruz y luego al Puerto de las Palomas, no tiene ni pérdida ni problemas pero sí se hará pesado, por la gran distancia que hemos recorrido. Digo que merece la pena y advierto, que varios tramos de esta ruta, no tienen ningún tipo de camino y, además, algunos trozos de senda que sí existen en el terreno, tampoco vienen recogidos en ningún mapa de los que hasta hoy se han publicado de este Parque Natural, incluidos los topográficos

El Paisaje

Esta ruta comparte paisajes con la que llamamos “por las cumbres del Salto del Moro” pero sólo en los tramos primeros y finales. Por eso, situados en la cumbre del Narigón, los horizontes se nos abren con toda su grandeza para cualquier lado que miremos. Al frente, el tremendo macizo de rocas coronando y cortando el puerto que la cumbre presenta por este punto. A la derecha, el profundo y amplio valle del río Guadalquivir y las otras cuerdas a lo lejos. A la izquierda, la Loma de Úbeda con sus interminables cerros tapizados de olivares y otra vez el valle del río Grande, ahora mucho más abierto.

La travesía del espigón de rocas de este Narigón, es un momento de emoción creciente y siempre acompañados de un magnífico bosque de sabinas y pinos, a rodales y por suerte no quemados. Bajando para el cortijo Poyo del Rey, los bosques se espesan y el grandioso barranco se abre dejándonos encajados entre grandes crestas de rocas blancas que parecen clavarse en las mismas nubes o el azul del cielo.

Los cristalinos veneros en el centro del barranco y que son fuentes de cabecera del bello río Cañamares y algo más abajo, las cerradas del arroyo de Hoyo Redondo y las cascadas blancas, nos acogerán siempre desde su limpio silencio pero colmado de vida y misterio.

Remontando hacia las cumbres de los Palancares, otra vez se nos abren las panorámicas y ahora desde el centro de un espeso bosque de romeros, sabinares y pinares. La vieja senda de Nava del Puesto y los suaves paisajes de las partes altas de los Palancares, las delicadas praderas casi en todo tiempo cubiertas de fina hierba y por ellas pastando los animales silvestres. La singular presencia de los pinos laricios y luego los majuelos arropando pequeños surcos de aguas limpias y las extrañas figuras

de las rocas por las cumbres, nos irán llenando el espíritu de asombro en cada momento.

Y ya por la Nava del Puesto, la extensa llanura justo en todo lo alto de la cumbre, su increíble soledad acompañada del silencio, los viejos y tremendos robles clavados en las mismas rocas y en todo momento, el cercano y hermano cielo arropando con su azul intenso o derramando sus lágrimas de lluvia o nieve, hacen de esta ruta, en lo que a sus paisajes toca, el más fascinantes de cuantos paseos podamos disfrutar por las sierras de este Parque Natural.

Lo que hay ahora

Hoy me sale al encuentro el camino justo donde la tierra es llana y parece que descansa el monte llamado Albardas. Donde los nombres se amontonan buscando plegarse a cada una de las formas, rocas y árboles que nacen y mueren sobre el lomo de la llanura excelsa.

A lo grande, he llamado a este lugar el collado de los hematites, que son plomos según los serranos, por un mineral de hierro con apariencia de cagarrutas que en las tierras de la loma, abundan, pero a lo pequeño y según

les corresponde, por aquí se concentran los nombres del Cerro de los Plomos, Blanco Carrasquea, Poyos de las Bañas, barranco de Cañada Junquera y otros más que guardo para mejor momento.

Pero, además, aquí mismo existe un punto que está bautizado y, ellos conocen bien, con el nombre de la Cruz. Quizá porque es donde se cruzan, juntan y al mismo tiempo separan laderas, llanuras, collados, arroyos, cumbres y caminos. Así que este es un terreno pletórico tanto de bellezas como de silencios, significados, hierbas finas y tierras teñidas de ocre blanco y otros tonos casi irreales.

Justo en este punto es donde comienza el camino que llevo soñando durante mucho tiempo y hoy me va a conducir al enigmático y bello rincón del Poyo del Rey. Este es su camino bautizado con la dignidad que necesita y comienzo a pisar siguiendo las viejas huellas de aquellos que fueron antes y ahora mismo sólo están en el silencio y en esa dimensión llamada eternidad.

Recuerdo que cuando el otro día volvía por esta senda, me hacía una pregunta. Recuerdo qué cosa era lo que

me preguntaba. No me olvido que al pisar la senda, todavía con forma y tierra de aquellos tiempos, me dije que "¿hasta cuándo seguirá conservando la identidad de senda antigua?".

Un par de semanas después, vuelvo por el lugar y justo cuando me pongo en camino por el trazado de la senda, la veo rota pero no de cualquier manera sino machacada por completo. La acaban de convertir en pista montañera. Necesitaban un camino que suba hasta la cresta de la cumbre para poder entrar con máquinas a por los troncos de pinos que el fuego quemó el verano pasado.

Si los vieras ahora mismo podría decirles que lo que están haciendo es malo.
- ¿Por qué es malo?
Me preguntarán.
- Porque si el fuego se llevó por delante no sólo los pinos sino todo lo que por aquí era verde y si vosotros ahora rompéis la tierra ¿decidme en qué se va a convertir esta montaña?
- Pues dínoslo tú ¿en qué se va a convertir?
- En desierto y más ahora con la sequía que estamos padeciendo.

- Eso es una tontería. Por un trozo de pista que construyamos por aquí y otro por aquel barranco, no va a ser como para que esto se convierta en un desierto.
- Pero es que son muchos trozos y la suma de todos y otros atentados, acaban abriendo una buena herida.
- Pero en fin, a nosotros nos mandan.
- Pues luego veréis a dónde van a ir a parar, en cuanto llueva, mucha de esta tierra que removéis con la máquina.
- Tienes que pensar que la madera quemada tenemos que sacarla de alguna manera.

Llego a lo alto de la cumbre del Narigón. Cerro gemelo es este del Caballo de la fuente de la Zarza. La máquina ha subido rajando, senda arriba siguiendo todo su trazado. Justo en lo que es vertiente del río Cañamares, no han podido avanzar más. En cuanto remonta, la senda se deja caer rozando las rocas del Narigón y buscando la pista por la ladera de enfrente. La vieja senda, camino de herradura, está casi perdida. Hay que ir muy atentos para verla. Porque, además, ya por esta ladera, sí existe un buen bosque de pinos y abundantes rocas desmoronadas.

Es bonito este trozo de camino y según lo voy recorriendo me alegro que por aquí no hayan podido meter las máquinas. Bajo ahora adaptándome a las muchas curvas que la vereda traza para recorrer la ladera y empiezo a ver los cortijillos. El primero, sobre la menuda loma que es ese accidente de terreno que también se le conoce por el nombre de poyo. El otro cortijo, que no lo es porque estoy notando que tiene presencia de nave, también lo descubro más metido en lo hondo.

Voy surcando por el lado norte de este espigón rocoso llamado Narigón y ahora mismo, desde este ángulo, lo descubro con una claridad distinta a la del otro día. Es muy bella. Paso por entre unas rocas, donde mana un chorro de agua y donde los jabalíes lo tienen tomado por su cuanta para enfangarse y llenar de barro troncos de árboles y rocas. Ya pienso que toda esta ladera que atravieso y el barranco hacia donde me hundo, debe ser una pura fuente.

Descubrí yo que por la ladera del arroyo del Saúco y la Fuente, también brotan muchos manantiales. Junto a este punto de aguas claras, crecen tres grandes robles. Están desnudos de hojas pero se presentan con la belleza de lo

añejo y fantástico. Uno piensa enseguida que los robles en este rincón han brotado y se han hecho tan formidables por el punto de agua que la cumbre les presta. Y uno piensa también que sólo por conocer y gozar este pequeño paraíso entre sus rocas, merece la pena la caminata. Una maravilla junto a la vieja senda y escondidos entre rocas y bosque.

Mi teoría, se me confirma una vez más: las viejas sendas de aquellos serranos nobles, atravesaban rincones que más parecían sueño que paisajes reales. Y que esto es así, me lo ratifican ahora mismo los tres robles junto a su venero que hasta casi parecen estar muy ocultos detrás de las rocas. No se me ocurre otra expresión sino que es muy bonito esto.

Y avanzo un poco y salgo justo al Narigón. ¡Qué belleza y tan escondida en rincón pequeño! Sólo verlo, sin ni siquiera pararme para captar los detalles, me saltan impresionadas, las fibras más hondas del alma. Y también así de pronto y sin pensarlo, me digo que ya no debería seguir más. Merecería la pena que a lo largo del día que tengo por delante, se me colara todo pleno en el espíritu para así fundirme con él y gustarlo al máximo. Sin

prisa y en silencio, es posible captar los matices delicados que el Creador tiene desparramados por el rincón de los robles y la fuente.

Y es lo que ya me había dicho: he cogido la pista justo en la primera curva que traza al volcar para el barranco que pretendo explorar. Lo cual me lleva a pensar que también antes metieron la pista por donde la senda venía. Sólo queda intacta el trozo de vereda que penetras por entre la ladera y rocas del Narigón.

No detengo mi caminar. En cuanto estoy sobre la pista de tierra que acaba de atravesar desde el cortijo de Comino por el puerto del Narigón hacia Poyo del Rey, sigo bajando. Antes de llegar al cortijo todavía me tropiezo con otro carril de tierra recién hecho. Sale a la izquierda en una curva del carril que voy recorriendo y se mete para el barranco. Es la misma máquina que rompió la senda por lo alto. Miro detenido y descubro que se le ve por la otra ladera hermana de la que recorro y esa torrentera tiene todo su bosque ardido. Ya está claro para qué construyen y meten esta pista por ahí. Como la tierra está muy seca de tan poca lluvia caída este año, el paso

de las máquinas por estos carriles no han dejado nada más que polvo y muchas piedras sueltas.

Y desde el camino que voy recorriendo, observo lleno de gozo, paisajes que hasta hoy son totalmente desconocidos para mí. Miro hacia arriba y por mi derecha y coronando, descubro la espectacular cumbre del caballo de la Fuente. Es la misma que el otro día recorrí pero desde este lado que es barranco y norte, se me presenta engrandecida.

Y al ver este gran crestón rocoso y las nubes blancas orlándolo, como clavadas en el azul intenso del cielo, se me viene a la mente el recuerdo del joven. El que desde sus más tiernos años recorría, pisoteaba y escalaba esta cumbre. Tan conocida la tenía y tan importante eran ya para él los paisajes de esta cima que hablando una vez con unos amigos, les decía:

- Tenéis que venir un día para que os lleve a las crestas de esa cumbre.

- ¿Y qué es lo que hay en las tierras de esa cumbre?

- Para saberlo hay que subir y verlo. Es casi puro sueño y cuando estás en lo alto, todavía más bello.

- Pues un día tenemos que venir y nos llevas a ese rincón que tan hermoso es.

Y tal como lo habían dicho, un día los amigos del joven se presentaron. Era por la mañana y como no hacía mucho frío y el cielo estaba limpio, se pusieron en ruta y siguiendo la senda que arranca a media ladera y por entre peñas, robles y pinos, buscan la parte más alta. Casi reventaba de gozo el joven aquella mañana acompañando a sus amigos y como para él significa y era tanto esta cumbre, todo era mirarla para ver si encontraba el mismo corazón de lo que tanto le asombraban.

Y están ellos parados pegado a las rocas blancas tomando aliento de la subida cuando el primer cazador se les acerca.
- ¿Adónde vais vosotros?
- Nuestro amigo es serrano y hoy nos ha traído a los horizontes de la cumbre.
- Pues vuestro amigo podría saber varias cosas: que es muy peligroso andar por el monte cuando está lleno de cazadores. Que ya nos ha fastidiado hoy el día porque si había por el lugar algún animal, lo habréis espantando y que sin permiso no se puede andar por estas sierras.

- Pero es que nuestro amigo es de aquí.
- ¿Qué quiere decir que es de aquí?
- Pues que ha nacido, se ha criado y toda su vida ha estado por aquí subiendo y bajando estas laderas.
- Eso no sirve para nada. Ahora mismo estamos cazando y ya lo he dicho: si vosotros vais por el monte a vuestro aire y de paseo ¿a ver qué hacemos por la sierra nosotros con nuestras escopetas?
- Es que nuestro único deseo es subir a lo más alto y desde ahí irnos para donde nacen los ríos.
- No se puede.

Y en estos momentos, por la ladera que ellos tienen a sus pies y que se derrama para los barrancos de la derecha, suben tres más. En cuanto llegan a los jóvenes los rodean como si quisieran acusarlos de algo y mientras el primero sigue hablando, los tres los amenazan.
- ¿A ver qué buscáis por aquí?
- Ya lo hemos explicado.
- ¿Pues decid qué haremos nosotros ahora por estos montes sin nada que cazar por vuestra culpa?
Tanto el joven como sus amigos, se siente mal, acusados, maltratados desterrados de estas tierras suyas.
- ¿Y qué haremos nosotros?

Pregunta el joven.
- Si no os hubierais metido por donde no se debe y sin permiso, no tendrías el problema que ahora tenéis. Lo que podéis hacer es coger el camino de regreso y perderos. Aunque ni esto soluciona ya las cosas.

Los jóvenes se reúnen un poco hacia la parte alta y sobre las rocas se sientan frente al barranco y mirando a los cazadores. Frente a ellos, en otro cerro, se reúnen los que cazan y mientras charlan, no dejan de mirarlos.

Estoy llegando al primer cortijo. El que se ve desde casi todos los puntos de estas cumbres por estar construido en lo alto del cerro. Es este el que recibe el nombre de Poyo del Rey. En la llanura, bonita y recogida por la puerta, me encuentro a tres ovejas pastando. Algo más adelante, en el barranco, mana la fuente. El primer nacimiento, las primeras aguas del que es también el precioso río Cañamares.

Me paro frente al manantial que nace por debajo de una roca, unos rosales silvestres y unos majuelos. Brota un buen caño y a los que primero beneficia es al cortijo blanco sobre el cerro. Les sirve a ellos para su consumo

propio, para regar las tierras de las huertas y para que beban los animales. Por eso aquí mismo tienen preparado este manantial a fin de que estas tres utilidades sean reales.

Debajo del majuelo han construido una pileta de cemento que es donde, nada más salir de la tierra, cae el agua. Desde la pileta arrancan unos tubos de plástico que es por donde el líquido se va hasta el cortijo y a las tierras que por ahí riega. Y me digo que son privilegiadas las personas que viven en este bello cortijo. Este año, cuando muchos de los que vivimos en los pueblos y ciudades del país, nos estamos muriendo de sed, a los que habitan este cortijo, les sobra el agua. ¡Y qué agua! Más pura, fresca y transparente no puede darse. Es la esencia que las nubes derraman en forma de nieve o lluvia, sobre el caballo de la Zarza. Se la traga la tierra y en cuanto rompe a la superficie, sale por aquí, bajo esta roca. Y como el cortijo de ellos se encuentra a dos pasos del manantial, tienen el privilegio de gozar del agua más buena del mundo.

Todo no se puede tener en esta vida y parece que es casi justo que en las grandes ciudades no puedan gozar

de este manantial. A veces, cuanto más se quiere, se tiene que prescindir de lo mejor y más limpio.

Miro al cortijo y no dejo de pensar en lo que me gustaría sucediera. Quisiera encontrarme con algunas de las personas que viven aquí. Pero aunque veo ovejas y cabras recostadas en la pradera, no descubro a ningún ser humano. Habitado sí está porque todo lo que rodea, se ve cuidado. Oigo a perros que dentro del cortijo, ladran. Si hoy no puedo encontrarme con algunas de las personas que en el cortijo viven, ¿cuándo volveré yo otro día por estas tierras?

Estoy llegando y lo segundo es una alambrada que lo encierra sobre el montículo. Lo construyeron en la tierra elevada del cerro donde no existen ni árboles ni arbustos. Todo el montículo, cayendo para los lados, tierras de cultivo o erial donde ahora mismo abunda la hierba. La alambrada tiene su puerta en un trozo de camino que se aparta de la pista. Me la encuentro cerrada y como sigo sin ver a nadie, pierdo el interés de llegar. Por la parte de abajo, según entra a la izquierda y un poco a la derecha, veo un sembrado de habas. Están raquíticas y lo considero normal. Con lo poco que ha llovido este año y el

frío que todavía corre por estas sierras, las plantas no han podido crecer más. Otra cosa es que a partir de ahora llegue el calor porque con el chorrillo de agua que brota de este manantial, se puede regar el sembrado de habas y mira qué bien.

La construcción del cortijo, es bonita, pillando todo el cerro, de paredes blancas, con muchas divisiones de tablas y su noguera en la puerta. Ya veo claramente que hoy no hay nadie. Y lo que pasa es que hoy es un día especial y claro, hasta los habitantes de los cortijillos más apartados de la sierra, están en los pueblos. Pero el cortijo es todo un pequeño palacio aunque ahora se encuentre solo. El lugar no puede ser más bello no ya por el cerro donde se alza sino por el conjunto de bosques, rocas y barrancos que lo rodean. Con razón lo bautizaron con el nombre de Poyo del Rey. Aquí se encuentra como todo un rey, en la soledad y belleza de los paisajes. Algún día de estos me enteraré de otra verdad.

Sigo bajando sin dejar el camino y conforme queda atrás, lo miro y ya no percibo los ladridos de los perros. Y ahora, según me retiro, me remito a la presencia del rebaño de ovejas y el perro guardián. La primavera iba

tocando su final y los arroyuelos se estaban quedando secos. Por las juntas de los barrancos y cañadas, los manantiales sí brotaban todavía con abundancia.

Iba cayendo la tarde y el rebaño plácidamente comía su hierba por la ladera, al otro lado de la cañada, por cuyo centro aún corría un hilillo de agua. En la otra ladera de enfrente estaba el pastor y, el perro guardián, casi arriba, al final de la pendiente donde pastaba el rebaño. Dominado y bien pesando lo tenía todo el pastor y como en aquel momento creyó ya había llegado la hora, llamó al perro y este se le quedó mirando sobre las rocas de la otra ladera. Enseguida el animal supo que el dueño iba a darle órdenes y así fue.
- Tráelas para el arroyo que beban.
Como si se tratara de un ser humano, el perro pastor intuyó con toda claridad la orden.

Arrancó corriendo ladera arriba y primero se trajo a todo el rebaño para el barranco pero antes de que los animales se concentraran cerca de las aguas, el perro se puso delante, miró al ganado y como si unos a otros se entendieran, dejó que solo unas pocas siguieran bajando mientras las demás ovejas se quedaban paradas en la

ladera sin dejar de mirar al perro. Este se sentó en la pequeña llanura y de vez en cuando miraba al piquete de ovejas que ya bebían agua en el arroyo y a las que esperaban su turno frente al guardián.

Pasados unos diez minutos las primeras ovejas, ya que habían saciado su sed, se fueron despegando del arroyo y al querer juntarse con el resto del rebaño, el perro se les plantó delante y con dos o tres miradas les indicó que no. Que tenían que irse para el otro lado, la ladera donde estaba el pastor sentado. Los animales les obedecieron y cuando ya se habían despegado del arroyo, con otros movimientos, subiendo un poco hacia el grueso del rebaño, indicó a otro grupo de ovejas que ya podían pasar a beber su agua. Como la primera vez, el piquete de animales obedeció al perro y cuando este vio que eran suficientes, de nuevo se puso en medio y cortó el paso al resto del rebaño.

Desde la ladera de enfrente el pastor observa quieto, todos las idas y venidas tanto del perro como de las ovejas. Está contento. Las cosas están saliendo tal como tienen que salir.

Al pasar ahora por este cortijo Poyo del Rey y oír el perro ladrando, en mi mente he rememorado la escena de aquel otro perro. Y desde tan blanco cortijo, tan bonito y tan callado en lo más redondo y verde del cerro, la pista de tierra sigue bajando porque busca la profundidad del barranco. Pero no en picado ni tampoco trazando zigzags sino que aprovecha la ladera de la gran cumbre que me va quedando a la derecha, se va en esta misma dirección pero bajando en busca del comienzo del arroyo grande. Un trecho largo y mientras lo voy recorriendo con la emoción de adentrarme cada vez más en paisajes nuevos y desconocidos. Y entre otras muchas cosas, me llama la atención el bosque tan bonito que voy encontrando. Pinos laricios y resineros y entre ellos, robles y sabinas pero si miro para la izquierda que es al mismo tiempo lo hondo del barranco Hoyo Redondo, por la ladera de enfrente veo la desolación del incendio.

Y según bajo, veo al fondo otro edificio. Es una nave alargada de construcción más reciente con su corralón y todo. Ya desde la Nava del Puesto, cuando el año pasado estuve por esta cumbre, me llamó la atención este edificio. Y ahora sigo pensando que a lo mejor por aquí abajo sí me encuentro con alguna persona.

Vuelco al segundo barranco y ya descubro con más claridad, la nave al comienzo de la hermosa cañada de Aquilino. Más abajo, a la izquierda y por entre los pinos, veo el tejado de otro edificio. Este es nuevo para mí puesto que hasta este momento no lo había visto. Descubro también el barranco por la parte de abajo de la nave por donde la tierra se allana y hasta se oye el rumor de una corriente. Por ahí están los huertos.

Voy llegando a lo hondo del barranco. Lo primero que me llama la atención es un gran charcón de agua. Es este el segundo manantial que me encuentro en la ruta que traigo rumbo ahora al gran barranco de Hoyo Redondo. Sitúo yo aquí ahora mismo el nacimiento del río Cañamares. Es la depresión natural de lo que por aquí se extiende como una cañada menor o valle, con su desagüe que poco a poco toma cuerpo de arroyo y más adelante, ya se convierte en río.

Llego a la fuente y veo un pino grande, un tornajo de madera con el chorro de agua que le entra desde arriba y la misma cantidad se le derrama al final. Aquí mismo brota este manantial. Pegado a la pista y en una roca. Un

caño como un brazo de grueso y enseguida lo recoge el tubo, lo lleva al tornajo y luego se derrama en el arroyo. A unos treinta metros del tornajo, una alberca grande que es el depósito para distribuir el agua por las tierras llana, a un lado y otro, que son huertos.

La pista, en esta zona que ya es lo hondo del barranco, da una vuelta y se va ahora cauce abajo. Aquí mismo se divide en dos. La que sigue bajando y la que se va por el lado derecho en busca de la nave blanca que la tengo cerca. Y ya casi me lo creo de verdad porque la sensación que tengo, desde que piso las tierras de este barranco, es que esto es el centro. Este punto, con el manantial como corazón y las llanuras que le rodean, es el centro de las grandiosas sierras que me circundan.

Porque parece como si aquí confluyeran o arrancaran al menos cuatro caminos distintos y cada uno en su dirección. La senda que no sé si existe, que subiría por el barranco buscando coronar el caballo de la Zarza justo por la Nava del Puesto. La que se va hacia la nave blanca y por esa cañada debe subir buscando por ahí el alto de los Palancares. No sé tampoco si esta segunda senda existe pero todo me hace pensar que sí porque el terreno

casi lo proclama. La tercera senda que llega a este punto o arranca, es la que acabo de recorrer que ahora es pista. Y la prolongación de esta, sería la cuarta que se va cauce abajo.

Porque el recuerdo dice que: mientras avanzaban por la senda con idea de atravesar la cuerda, en sus corazones siempre existía la inquietud y hasta la ilusión de este encuentro. Se arrancaban de este barranco y volvían a este barranco. Por eso ahora siento que esto sigue como corazón, el centro no sólo de los caminos sino también de los rebaños de animales. Siempre que por un lado u otro ellos aparecían comiendo su hierba por aquí, al final del día acaban en el barranco.

- ¿Adónde vamos a buscar el ganado?
Preguntaban los pastores.
- Han ido a salir al barranco del centro.
- Es así porque de allí vine yo ayer por la tarde y me encontré con el rebaño de las cumbres. Parece como si a los animales les gustara esas tierras.

Pero además de estas realidades, al barranco se le siente como centro por lo del manantial, el arroyo, los

huertos y el relieve del terreno. La redondez de las laderas por este lugar y por dos grandes realidades más que no se pueden ver sino con los ojos del alma. Cuando te encuentras por primera vez en este barranco un temblor invisible te recorre el corazón y una voz silenciosa, ahí dentro, te dice que lo que se ve no es la verdad que existe. Es como cuando desde las cumbres divisas praderas y te dices que en ellas brotan manantiales y luego vas y te los encuentras de verdad. Es decir: nada de lo que en este barranco existe, me es ajeno. Lo que es, lo es desde lo hondo hasta la superficie.

Y esta realidad se completa con la grande y bella: desde los tiempos más lejanos hasta hoy mismo, este barranco ha permanecido en perfecta armonía con la presencia del hombre por aquí. Nunca fue tan alterado u ordenado que perdiera su identidad sino que algo te dice que desde aquel tiempo, el barranco y lo que existe con él, buscaron adaptarse sin violencia ninguna quedando cada cual con su propia personalidad. También esta realidad, en cuanto pisas las tierras del barranco, se te clava en el alma como si ello fuera, sino lo primero, sí lo

más fuerte y real que en este rincón se presenta. Y lo digo porque con perfecta claridad así lo he sentido.

Y la visión de la ladera rocosa era lo más hermoso de todos los espectáculos. Sobre todo, cuando desde una pequeña curva de la senda que lleva a la cumbre, te parabas a contemplarla. No había en toda la sierra un punto mejor situado para observar la cumbre rocosa que la curva de esta senda. El joven lo sabía y él disfrutaba llevando hasta este balcón a sus amigos para que ellos también participaran de la visión.

- ¿Y se puede llegar hasta la misma cumbre?
Le preguntaban los amigos.
- Por senda no. A partir de los dos robles de la grieta la senda ya no puede seguir.
- Pues es una pena porque coronar esa cumbre debe ser de lo más emocionante.
- Y lo es porque yo la he coronado.
- Sin senda, ¿cómo has podido llegar hasta la cumbre?
- Existe otra vereda que no se ve y que arrancando desde el lado sur se puede llegar hasta lo más alto de las rocas blancas.
- Pues un día nos tienes que llevar contigo.

- Un día de estos os voy a llevar y ya veréis que espectáculo.

Así que al caer la tarde, unos días después, quedaron ellos que a la mañana siguiente subirían a la cumbre. Pero aquella noche tembló la sierra en un terremoto que casi nadie lo sintió. Sacudió las cumbres y valles de estas sierras y precisamente en la cumbre de las rocas blancas sí hubo destrozo. Al amanecer, desde donde empiezan a subir la senda, se veían las rocas rajada y un gran agujero que nunca antes se vio allí.
- Así tiene más emoción la subida de hoy a la cumbre. Nos enteraremos de lo que por el rincón ha pasado tocándolo con nuestras propias manos.
- Como si fuera una expedición científica pero sin científicos y sólo por curiosidad.

En cuanto brillaron los primeros rayos del sol el joven se puso en marcha ladera arriba seguido de sus amigos. Como la emoción les embargaba y según iban subiendo, les crecía por momentos, ni siquiera pararon a descasar y así resultó que a media mañana, ya estaban a dos pasos de la cumbre rocosa.
- Hay que subir por este lado.

- Pero por ahí las rocas están quebradas.
- Conozco la ruta y si vamos despacio sabiendo dónde pisamos, llegaremos hasta el punto más elevado.

Y tal como les dijo a los amigos se puso a practicar y pisando con cuidado, con este ánimo y una seguridad desconocida, coronó la parte más elevada de las rocas. Los amigos se pusieron a seguirle pero como las rocas se movían cada vez que las pisaban, todo eran problemas.
- No podemos subir.
- Es verdad que tiene su peligro.
Les decía el amigo remontado ya en la cumbre y en este momento, uno de ellos descubre el agujero.
- ¡La vística qué grande!
Exclamó y todos acudieron a ver.

El agujero se abría justo al comienzo de las rocas de la cumbre y ciertamente era tan grande que llegaba al otro lado de la montaña.
- No sólo llega sino que en cuanto te pones en la entrada se ve la luz y los paisajes del lado del valle.
- Pues esto no estaba antes aquí.
- Ha sido el terremoto de esta noche.

La galería que a partir de hoy atraviesa la cumbre de las rocas blancas, empieza a abrirse justo donde la senda ya no puede subir más. Y como los amigos del joven no se atrevían a seguir por entre las rocas quebradas, se metieron por el agujero y en diez minutos ya estaban al otro lado de la montaña. Aquí se tropiezan con el joven y cuando les cuentan la aventura frente al agujero, este les dice:
- Otro misterio más con una nueva pincelada de belleza que a partir de hoy tiene esta montaña. Pero le estoy dando vueltas a un pensamiento.
- ¿Qué es?
- Que no deberíamos contar nunca a nadie este descubrimiento nuestro porque si esta montaña es casi nuestro secreto, a partir de hoy, debería serlo mucho más para que nadie nos la hunda ni la rompa.
- Eso por supuesto. Este descubrimiento tiene que quedar sólo entre nosotros y para nosotros. Como algo que la naturaleza nos ha querido regalar para unirnos más a ella. Así que chitón y que nadie lo sepa.
- Porque, además, con este agujero y con tantas rocas quebradas, si antes la cumbre era una belleza, ahora lo es cien veces más. El terremoto de esta noche las ha desmoronado un poco y ahora parecen como si fueran

mucho más tremendas y más inaccesibles y con un misterio que creo no existe en ningún otro lugar.

Desde el segundo manantial sigo bajando dejando la pista que sale a la derecha que es la que va a la nave para el ganado. A la izquierda me van quedando las tierras de los huertos. Ahora mismo en estas tierras, valladas con tela metálica, no hay nada sembrado. Y ello me extraña porque sólo veo un trozo arado. Y son buenas tierras y también tienen agua en abundancia. Quizá sea pronto para sembrar por los fríos y heladas que todavía puedan venir.

El chorrillo de agua se lo han llevado un poco para el lado derecho como buscando que le entre bien a la llanura a fin de regarla cómodamente. Pero por lo que estoy viendo, lo que pasa es que las huertas han sido trazadas en las tierras llanas de la cañada. Por eso este arroyo de agua que venía para la derecha, baja como encauzado en una reguera de tierra y en cuanto recorre la llanura, vuelve a su cauce normal. Gira la pista para la izquierda.

Atravieso el arroyo y sigo bajando en busca del tejado de la casa que al final veo. Y no me esperaba otro arroyo. Aunque es el mismo que lo tienen dividido en dos. Las tierras de las huertas quedan abrazadas por dos regatos de agua. El artificial que es la reguera de la derecha y el natural que es el cauce del arroyo. Una maravilla que me coge y en estos momentos quisiera saborear despacio.

Ya pasado el arroyo por segunda vez giro un poco hacia atrás y sigo buscando la casa que veo por entre los pinos. Es una barbaridad el agua que hay a pesar de lo seco que ha sido este invierno. No sé por qué pero viendo tanta agua, las ganas de encontrarme con alguien se me convierte en necesidad. Necesito que alguien me hable del rincón preñado que estoy pisando. ¡Ojalá tenga suerte!

Dejo atrás las tierras por donde se adivina estuvieron las otras huertas y como la pista sigue, me voy con ella y me vuelvo a encontrar las huellas de la máquina que siembra desolación por estos barrancos. Comienzo a descubrir que no sólo se han limitado a trazar nuevas pistas por las viejas sendas sino que intentan arreglar las que ya existen. Y digo intentan porque como la tierra está

tan seca, lo que la máquina ha liado por aquí es más destrozos que otra cosa. Porque si por esta tierra removida pasa ahora un coche o un tractor, a parte de levantar una gran polvareda, removerá más tierra y la mandará al quinto pino.

Ya veo la casa y la tengo cerca. Creo que no hay nadie y unos metros más adelante, puedo asegurar que está deshabitada. Porque al salir de la curva que traza la pista, me he tropezado de frente con la construcción y en la pared y rellano que junto a ella se recoge, ahora mismo estoy viendo un gran macho montés. Lame la mezcla rancia que une las piedras de la pared. Me he quedado parado nada más verlo porque él ni me ha visto ni se ha dado cuenta que me he puesto a menos de cinco metros.

Desde donde me he parado un poco me entorpece la visión, las ramas de los pinos que tengo por la derecha. De pie y lentamente para que no perciba mis movimientos, me he ido acercando sin dejar de observarlo. Cuando noto que me mira y alza su cabeza, me paro quedando inmóvil y en cuanto sigue con su tarea de lamer la pared, me muevo procurando taparme lo más posible con las ramas de los pinos. Me he puesto a cinco

metros de él y ni lo ha advertido. Es tanto lo cerca que me he puesto que ni yo mismo me lo creo. La primera vez que en mi vida estoy casi rozando a un macho montes y de los grandes, en libertad. La primera vez que en mis abrazos por estas sierras tengo la suerte de tener al alcance de mis manos, a un animal como este sin necesidad ni de buscarlo ni de esperarlo ni de matarlo.

Ya que no deseo seguir jugando más, me he movido hacia lo alto de la roca y me he dejado ver. Me ha descubierto enseguida y ni siquiera se ha detenido a observar. Ha dado un bote, girando sobre sí y se ha dejado caer hacia el cauce del arroyo. Ya tiene por aquí, el cauce, su profunda cascada que el mismo tiempo es cerrada. Se estrechan las tierras y dan lugar al primer barranco.

Por esta falla rocosa el macho ha subido saltando el arroyo, ha enristrado por la ladera de enfrente y su primera parada para observarme, ha sido a la distancia de casi un kilómetro. El terreno que yo hubiera tardado en recorrer y, con grandes dificultades, quizá más de una hora, él se lo ha chupado en dos minutos. Arranca de nuevo y casi alcanzando la cumbre, se vuelve a parar y

después de observar para dónde me muevo, ha seguido su ascensión hasta perderse al otro lado de los picos.

Solitario, hermoso y sano como el mismo aire que por el lugar corre, este macho montés y de barriga negra, me ha llenado de asombro desde el primer momento de verlo hasta que, en su veloz carrera por entre las rocas, se ha perdido. Ahora mismo me entran deseos de seguir mi ruta por ahí porque esta parte de la sierra no la conozco.

Me acerco a la pared y busco el punto que estaba lamiendo. Descubro que lo que chupaba era la cal que sirve de argamasa para unir las piedras de la pared de esta casa. Me asomo al barranco por donde se ha ido y veo que por la lastra se desliza la corriente. Frente a esta corriente que tan bonita es nada más nacer, me paro unos minutos y por donde la elegancia se ha evaporado, doy gracias a mi Dios por el día que me está regalando.

Canto a los riachuelos

"Los riachuelos no reciben nombres ni de generales ni de caudillos. Los toman de cualquier cosa que esté a la mano: riachuelo Rocoso, riachuelo del Molino, riachuelo Fangoso. No se les exalta en relatos de viajes ni en

himnos nacionales. Son lo más trivial del paisaje. Pero casi todos tenemos uno en nuestro pasado. La corriente de agua amiga que fluyó en la primavera de nuestra mocedad.

A diferencia de los ríos que corren saturados de limo y de refinamiento, los arroyos son claros, inocentes, bulliciosos y están llenos de sueños y promesas. Un niño puede vadearlos sin que sus padres lo cuiden. Pertenecen a la niñez; junto a ellos vislumbramos el ancho mundo y la curvatura del horizonte. Pero sobre todo ofrecen a la mente la oportunidad de penetrar en el extraño universo del agua, de los renacuajos y de las truchas. La corriente de un riachuelo lleva consigo la posibilidad de otros mundos dentro y fueron del nuestro... Los riachuelos nos atraen como un perfume en el viento. Son algo que se pierden en un recodo, en la tierra, en otra dimensión. Seguir uno es ir al encuentro con la vida". (Peter Stinhart)

Ya estoy en la puerta de esta otra casa. Descubro que es pequeña y está abierta. La han dejado abandonada hace mucho tiempo y por eso ni siquiera tiene puertas. Entro y veo que a la izquierda tiene una modesta

habitación. Otra a la derecha y ambas con una ventana que miran al barranco por donde se va el río. Al fondo, se alza una columna con puertas a un lado y otro, a la derecha una gran estancia donde se encuentra la cocina o se encontraba porque ahora mismo todo está derrumbado. Queda la pared del fondo manchada de hollín y lo que fue campana y los dos rincones, a un lado y otro, para las alacenas. Aún permanecen aquí sus tablas.

En el techo descubro un agujero y a través de él, veo parte de la cámara, también rota. En una de las ventanas que da al arroyo, desde donde se ve una vista magnífica, me encuentro un caldero viejo. Una pieza vieja de esta antigua casa que les gustaría mucho a esos que por estas épocas andan coleccionando cacharros de otros tiempos.

Tengo una vista ante mí mucho más que fabulosa. Un gran espigón rocoso que arranca desde el arroyo mismo y se va ladera arriba y es por donde el macho montés ha transpuesto. ¡Qué privilegio tuvieron los que habitaron en esta casa porque nada más asomarse a la ventana ya tenían ante sí, medio mundo! Pero como, además, la casa está construida sobre la misma roca, al borde mismo del arroyo, todo el conjunto es bellísimo. Tendrían

privaciones pero donde se ponga una vivienda como esta y en un lugar como este rincón de ensueño, que se quiten todos esos pisos de viviendas colmenas. Libertad, espacio, aire limpio, paisajes con el río cantarín que roza la misma casa y ese viento que continuo vibra rozando los pinos de la puerta.

La distribución de la vivienda es como sigue: una pequeña estancia a la entrada, a un lado y otro, dos habitaciones con sus ventanas que dan al río, la columna en el centro y a un lado y otro, dos puertas. Las dos van a la segunda estancia que es la cocina. El trocito que le quitan a la cocina, por la izquierda, es otra habitación. No es una gran casa forestal esta construcción si la comparo con la de la Fuente de la Zarza o con la de la cañada de las Fuentes.

Tiene el mismo estilo de los cortijillos serranos pero sí es una casa grande en cuanto a su construcción. De madera toda por dentro, de piedra con sus muros apoyados sobre las mismas rocas de este barranco y para que todavía quede más completa, al borde del arroyo que ya es cascada, cerrada y comienzo del río Cañamares.

No me imaginaba yo que por aquí pudiera existir una casa forestal y hoy me le he encontrado. Nunca oí hablar de esta casa ni tampoco leí nada de ella. Pero lo que más deseaba era encontrarme con alguna persona y esto no ha ocurrido.

Ya me voy de ella llevándomela conmigo aunque me hubiera gustado pararme y quedarme por el rincón mucho más rato. Salgo y me vengo para el lado en que se hunde el barranco. Me sigue llamando la atención su construcción de piedra y apoyada sombre la pura roca. Me voy por la parte de atrás y me sigue impresionando la vista. Porque esto no está cerca de las tierras de olivos que por este río suben desde el pueblo de Chilluévar. Hay muchas sierras por en medio. Grandes barrancos y muchos arroyos que dentro de un rato voy a observar mejor desde el castellón rocoso que tengo a mis espaldas.

En los mapas, casi ninguno de estos arroyos aparecen sus nombres puestos y, sin embargo, los tienen. Porque son bonitos de verdad, todos estos cauces que por aquí, a la altura de la casa forestal de Hoyo Redondo, se despeñan desde un nivel de mil doscientos metros. El

cortijo de Poyo del Rey está justo en la curva de los mil trescientos. El arroyo del centro, el principal que toma cuerpo de río, está bautizado con el nombre de arroyo de Hoyo Redondo.

Miro hacia el barranco por donde se despeña y algo más abajo, descubro restos de otra vieja casa. Recuerdo ahora que el pastor me ha dicho que la construcción que hay más abajo de la que es forestal, es la caseta de los resineros. En ningún mapa la he visto y por eso me digo que quizá lo que estoy viendo sí sea esa casa que ahora sólo queda de ellas un montón de piedras. Desde aquí veo también los terrenillos de los huertos y los árboles frutales.

Y por donde se va la pista, que a partir de este punto se aleja del arroyo, veo un aguilón rocoso. Un bloque de rocas sobre el que sería el mismo poyo o loma que algo más arriba, sujeta al cortijo del Rey. La pista se va por ahí, buscando escaparse del laberinto rocoso que por esta zona del barranco se ha originado y yo, en estos momentos, siento gran curiosidad en llegar hasta este llamativo aguilón para ver qué panorama me presenta sobre el barranco.

Dejo atrás la casa forestal y sigo la pista. Vuelvo a pisar la tierra seca que la máquina ha removido. Doy unas curvas, ciñéndome al camino y remonto hasta el aguilón. Ya estoy en lo más alto de esta columna de piedra y miro para atrás buscando la casa. Quiero comprobar la visión que se me ofrece desde tan precioso mirador. Y efectivamente: además de la casa, sobre la que estoy remontado, todo el barranco y la cascada por donde se fue el macho montés, se me abre una grandiosa panorámica.

Descubro que desde la misma casa para abajo, el cauce se precipita en una caída tremenda y esto lo motiva el profundo barranco. Se forma un pronunciado escalón que coincide con las rocas donde ahora mismo estoy montado, las que sirven de cimiento a la casa y sigue luego por la ladera de la huida del macho. Remontando este escalón es donde construyeron la casa, se encuentran las tierrecillas de los huertos, la nave para el ganado y el segundo manantial con su trozo de arroyo hasta la cascada.

Descubro que me encuentro debajo del primer cortijo. Donde hace un rato el perrillo ladraba encerrado en el corral. He dado una gran vuelta porque como he venido siguiendo la pista, ésta busca el terreno más llano para que los coches no tengan muchos problemas. Pero si desde este punto me fuera derecho al cortijo, no tardaría ni diez minutos en encajarme en su puerta. Aunque eso sí: repecho arriba y saltando rocas y monte.

Miro para el cortijo y dudo si desde este punto, irme derecho a él o abrir otra ruta, cuando en la misma roca que me queda por arriba, veo la cueva. Me encuentro a dos paso y lo que de momento decido es irme hacia ella y empaparme de lo que por ahí encuentre. Arranco y subo unos metros pero antes de llegar, me paro bajo la encina que tengo al borde de la pista y por el lado del barranco. La cueva me queda a diez metros.

Y tengo una duda porque no sé si irme monte arriba buscando el cortijo y por el barranco coronar otra vez el puerto del Narigón o volverme para atrás para, por donde está la nave, coronar hasta la Nava del Puesto. Y es que tengo la impresión que por esta zona existe una vereda que lleva a lo más alto de la cordillera.

Cuando en aquella ocasión estuve en el puerto de la Nava, vi una senda que volcaba hacia este barranco. Quiero ahora descubrirla y confirmarlo. Y reflexiono que por esta nueva ruta la distancia es mayor y todo ese terreno, es por completo desconocido para mí. No estoy seguro que pueda encontrar la senda que intuyo y veo que la subida es complicada. Voy a meditar despacio este problema mientras ahora me siento en este rincón tan bonito y como, porque la verdad es que estoy algo cansado.

Mientras tanto que me siento a la sombra de la encina, junto a las matas de varios enebros, saco la fiambrera, el pan, agua, el mapa y me preparo para comer, tengo que decir que no ha sido posible lo que tanto me hubiera gustado. No he visto a ninguna persona por aquí. Totalmente solitario me encuentro hoy este barranco y tengo que decir que me gustaría volver con tiempo para irme por donde creo se encuentra la cueva del Salto del Moro.

Y también tengo que decir que en estos momentos la emoción me tiene agarrado con sus garras y ahora mismo

me encuentro zarandado por no sé cuantos deseos y direcciones. Y es que no he acabado de recorrer este barranco y ya estoy pensando en por dónde irme, sin irme del todo, para encontrarme con lo que por otro rincón intuyo. Es tan fuente el cariño por los paisajes y llena tanto y dan tanto gozo, que apenas tengo tiempo ni de respirar y saborear con calma en montón de maravillas que a cada paso, veo.

Mientras estoy comiendo siento un ruido de pájaros cerca. En el pino seco que tengo sobre la roca donde se abre la cueva. Al oírlo miro y descubro que son cernícalos. Tanto jaleo han metido que he creído que ahí tenían sus nidos pero en cuanto lo he observado despacio, descubro que no. Lo que ha sucedido es que han venido a aparearse a este viejo y seco pino que tengo a dos pasos de mí.

Era una pareja y han venido a las ramas secas de este pino. Todo un espectáculo el que ellos han dado en mi presencia y es que cuando menos me lo espero, la naturaleza, me sorprende y me muestra sus maravillas mejores como me está sucediendo hoy. Cuando termine de comer voy a subir hasta este pino seco para verlo más

de cerca y despacio porque aunque ahí no tengan los cernícalos su nido, ya parece que el pino encierra para mí algo especial.

Quizá por esto, ahora mismo me concentro en otros misterios más pequeños. Me quiero referir a los insectos diminutos que me van entreteniendo mientras como. Son las hormigas que, lentamente y como despertadas, andan recorriendo todas estas rocas y pasto por donde me he sentado. También ellas tienen poblado este trocito de tierra. Ya se saben que están por todos sitios pero te sorprende que en cuanto te sientas, las ves.

Y es claro que en cuanto las miro despacio se me hacen simpáticas. Por esto me entretengo con ellas. Primero les echo unos trocitos de pan y en cuanto lo han descubierto, lo palpan con sus antenas y enseguida lo recogen y se lo llevan. Las observo y descubro lo que ya sé: como la pólvora trasciende la noticia. La que sube por la roca con la miga de pan en cuanto se tropieza con alguna compañera, le transmite el mensaje y ésta a la otra y tan rápida se extiende la noticia que en diez minutos, donde no había nada más que dos o tres hormigas, ya se

amontonan casi treinta. Recogen su pequeña miga de pan y emprenden veloces roca arriba rumbo al hormiguero.

Su actividad me anima y después de migajas de pan, comparto con ellas pequeños trocitos de esta pechuga de pollo que, guisada al ajillo, ahora me estoy comiendo. Una comida muy animada y apetitosa con estos simpáticos insectos que ni esperaban mi visita ni yo los esperaba a ellos. Hasta me siento mejor notando la compañía de tantos habitantes de los montes de estas sierras.

Otra ocupación mía ahora, además de comer y compartir mi comida con las hormigas, podría ser seguirlas y descubrir con ellas dónde se encuentra su hormiguero. Pero aunque en el primer momento lo he hecho sólo con la vista, al notar que se pierden al otro lado de la roca y no aparece el hormiguero, abandono mi pretensión. Creo que llegan desde bastante lejos. Y así tengo que decir que toda una legión me ha acompañado hoy en la comida en el centro de este silencio y soledad. Estoy rebosando de gozo.

Son las dos y quince minutos y como ya he terminado mi comida, me preparo para irme. En estos últimos

momentos de mi banquete, parece que ya he dejado las cosas claras para conmigo mismo. He decidido seguir ladera arriba hasta el collado de la Nava del Puesto. Y tengo que decir algo que aunque puede parecer fantasía o un sueño, creo que tiene algo de real. Desde que esta mañana pise las tierras de este barranco y más concretamente, las bonitas tierras que rodean al manantial primero, tengo dentro de mí como un presentimiento. Como la sensación de una realidad que hasta me parece haberla vivido.

Y la sensación es que desde donde brota el segundo manantial, existe una senda que se va barranco arriba y brinca por ahí hasta la Nava del Puesto. Porque, además, casi con toda seguridad, creo que esa es la senda que el joven siempre cogía para subir con su ganado hasta las llanuras de las navas. Y cuando él llegaba a las tierras altas, muchas veces decidía quedarse allí a dormir por las noches.

Cuando caía la tarde, en la lomilla que forma el cerrillo y al resguardo de las rocas, amontonaba el ganado y allí pasaba la noche. Por el lado de abajo, pegado al tronco del roble, dormía y así a lo largo de diez o quince día y

luego bajaba otra vez con su ganado y cuando le preguntaban por qué no volvía cada día a este barranco, siempre decía:
- Con el tiempo tan bueno que hace, esto de dormir en las llanuras de esas cumbres, es lo mejor que me puede ocurrir. Además, si tú vieras lo bien y con qué gusto toma el ganado aquellas hierbas, harías lo que yo, que sólo por dejarlas allí comiendo hasta que llegue la noche, merece la pena quedarse todo el tiempo junto a ellas.

- ¿Y la soledad?
- Eso sí lo noto. Tan solo todo el día, todas las noches y todas las mañanas, incluso llega uno a sentir tristeza. Pero por más vueltas que le doy a las ideas en la cabeza, no encuentro el modo de escapar de esta situación. En más de un momento, por la dureza de la soledad, hasta me he sentido desgraciado.
- ¿Te Volverás otra vez?
- Es que aquello es de ensueño y, además, pienso, en cuanto se agoten los pastos por ahí, escurrirme hacia las llanuras que hay detrás de las otras cumbres y esas sí que caen lejos de aquí. Pero sea como sea, al ganado le viene bien. Lo mejor que se le puede dar aunque para mí la soledad sea tan grande.

Así que pasa esto: desde que pisé esta mañana el barranco, tengo dentro de mí la sensación de que por ahí va la senda. No podré palpitar con el recuerdo de la presencia del joven o más bien, sí palpitaré en la región de los sentimientos pero pisar esa tierra y tocar esas rocas, ya es interesante. Porque aquellos tiempos están aquí y nunca jamás nadie ni nada podrá hacerlos desaparecer del todo.

Ya abandona la encina que me ha dado sombra mientras he comido, me despido de las hormigas, cruzo la pista, despidiéndome también del barranco en su parte baja porque a partir de este momento me voy para atrás y me acerco a la cueva. A dos pasos de donde he comido y se puede llegar y hasta entrar en ella con facilidad. Desde la misma pista tiene como un corralillo sujeto con piedras por la parte de la entrada. Se puede entrar a ella casi de pie y es preciosa. También es grande y por eso ahora compruebo que este abrigo hasta puede que todavía sirva, para encerrar ganado. Por el suelo hay una gruesa capa de cagarrutas y lo encuentro normal.

Veo que en otros tiempos dentro de esta cueva encendieron fuego porque las paredes están negras del humo y también este hecho lo encuentro normal. Una cueva tan grande y fácil de acceder a ella, habrá servido de refugio a muchas personas y en bastantes ocasiones. Los que por aquí se han movido y se mueven, muchos días se habrán encontrado con tardes de lluvias, viento y frío. Teniendo aquí mismo una tan bonita cueva y grande ¿por qué no la iban a utilizar para guarecerse en ella, encender fuego y hasta dormir?

Si hubiera tenido la suerte de haberme encontrado con alguna persona, le habría preguntado cosas de esta cueva. Porque digo yo: si aquí se ven tantas señales de animales y personas, ¿no va a tener esta cueva pequeña y hasta grandes historias y bonitas?

Desde la cueva voy remontando para el pino grande. Se encuentra por la parte de arriba, clavado en las rocas que se derraman hacia la cueva. Mientras subo y observo al pino, me digo que por fin decido volverme para atrás e irme por las cumbres de los Palancares. A cada instante y paso por estas sierras, me crece la emoción y me hago

un lío por la cantidad de cosas que se me presentan para que las coja.

Llego al pino seco que los cernícalos han escogido para representar su escena. Los he visto revolotear y han metido tanto escándalo que me han dejado sumido en la duda. ¿Tienen ellos por aquí su nido? Me acerco y lo primero que compruebo es que sí está por completo seco. Y no, estos pájaros no tienen su nido entre las ramas de este pino. Han disfrutado de la vida y la calidez del día entre las ramas del árbol y ahora se han ido dejando aquí la sequedad y ya para siempre grabado en mi mente.

Así que no tengo nada más que hacer por el rincón. Miro por última vez, al cortijillo blanco, y me pongo en marcha para realizar el nuevo plan que acabo de aprobar conmigo mismo. Ya me parece magnífica la ruta que me espera y todo lo que por ahí me voy a encontrar.

Parece como si ahora mismo se me hubieran removido todas las ilusiones y es casi el mismo momento que cuando esta mañana comencé la ruta. Y, sin embargo, me encuentro en el corazón mismo de lo que más me gusta en la excursión de hoy.

Desde el pino, campo a través, me he venido surcando la ladera hasta salir al cauce del arroyo, cruzando la pista por donde me paré para observar al macho montés. Voy descubriendo el establo blanco que se aplasta en la cañada que me dejé a la derecha. Desde que el año paso vi este edificio, estoy intrigado. Destaca precisamente por su blancura rodeado de tantos pinos, robles y encinas.

Salto el arroyo por la llanura de un trozo de huerta, rozando la alambrada. De entre los árboles, levantan vuelo un montón de arrendajos. Hasta llego a pensar que todos los seres vivos de este barranco, se han puesto de acuerdo para venirse al camino que ando para que los vea. Se lo agradezco, si fuera así, porque cuando creía que estaba solo, me equivocaba.

Por donde atravieso el cauce se extiende el agua en forma de sábana ancha, bañando las rocas desnudas. Viene este arroyo y su transparente agua, de atravesar las tierras de los huertos sin hortalizas y al llegar a estas rocas, pórtico de la cascada sólo unos metros más abajo, se derraman espléndidamente como si de un juego se tratara. Y como por aquí el arroyo es casi todo llanura, las

aguas desparramadas que más que correr acarician las piedras por donde se deslizan, bajan sin prisa. Serenas, arrugadas, llanas y sonrientes y en todo momento, casi sin ruidos. No hace nada que han brotado en el manantial grande del barranco y como si todavía no se creyeran que ya no son ni nieve ni lluvia en estas montañas, sino arroyo que corre buscando el centro del mundo que algo más abajo, le han construido los humanos.

Me despego del arroyo subo por el lado norte aprovechando que por aquí pasa la cañada. Por el surco que parte a esta cañada para fundirse con el arroyo principal, remonto. Me tropiezo con excrementos de vacas. Quizá sean de los que habitan en el cortijo que además del rebaño de ovejas y cabras, también tienen algunas vacas.

Ya estoy a dos pasos del establo. Por la llanura de la parte baja, descubro un chorrillo menor de agua muy limpia. Descubro que este edificio es el establo de las ovejas y, además, lo están usando. No hay animales ahora mismo, porque según la realidad que conozco, casi todo el ganado lanar de estas sierras, se encuentra todavía por las tierras de invernada. Empiezan a volver

por estos días, así que será en verano la época en que el ganado ocupe este recinto.

Lo rodeo por el lado sur, abro el gran portón de hierro pintado de color verde y ante mis ojos, se presenta todo su interior. Esto es un establo grande, techado con uralita, tejado a dos aguas y dividido por dentro con tablas. De la pared cuelgan algunos cubos viejos con productos para curar tanto de la sarna como de las garrapatas. Zotal, que es un líquido negro que al mezclarse con agua, se torna blanco y echa un olor fuerte.

Las tablas que lo dividen tienen una puerta en el centro a la que me acerco y abro. Descubro unos artilugios de hierro que son iguales a los que el otro día vi en el collado de los hematites. Especie de dornajos con unos barrotes que abren arriba y se cierran en ángulo por abajo. Es a donde, a las ovejas, le echan de comer. En el centro de los barrotes se les pone la alfalfa y va cayendo y así de este modo no se desperdicia ni una pizca de este alimento. La alfalfa, cuando está seca, es muy quebradiza y con facilidad, las parte más finas, se rompen y son estos tallos y hojas, las más apetecidas del ganado. Ya tengo

resuelto una pequeña ignorancia que me invadía el otro día. Aquellos artilugios y estos, son para lo mismo.

Por el lado que cae hacia el arroyo y pegado a la pared, descubro una maravilla. No porque sea algo simplemente hermoso sino porque es agua que viene directamente desde el gran manantial. Es el tubo que vi al llegar a la fuente. Desde el mismo venero la recogen y viene directamente al tornajo para que beban las ovejas. Y sé que este líquido transparente es puro total porque viene de la misma nieve que cae sobre las cumbres ¡Qué belleza y al mismo tiempo, qué privilegio!

Y resulta que como el chorrillo de agua no deja de caer, el tornajo rebosa un chorro casi como un dedo. Es mucha agua a lo largo de un día y una noche, de semanas y meses. Se va por una reguera arroyo abajo y da la casualidad que el agua de este arroyo va a parar a cortijos, pueblos y ciudades, que son muchos desde aquí hasta que el Guadalquivir muere en el mar.

Resulta que con esta sequía que estamos teniendo, el chorro de agua que baja por el arroyo, es todo un tesoro. Y he aquí que el agua que le sobra a las ovejas de este

barranco, nos la tenemos que beber los humanos que llenamos las ciudades. Qué paradoja: las ovejas de estas sierras tienen y disfrutan de alimentos mucho más sanos que los míos. Agua limpia, recién brotada del manantial, aire puro, hierba fresca y libertad y, sin embargo, yo y otros... ¡qué más quisiéramos!

Y ahora recuerdo que el cordero, por lo visto, nació un día de primavera cuando el joven dormía junto al rebaño en las praderas del valle alto. Y nació tan débil que el joven tuvo que ayudarle para que pudiera mamar los calostros, que es la primera lecha que dan las ovejas al parir. Pero aunque nació tan débil, se superó enseguida y como desde el primer momento el joven estuvo con él prestándole ayuda y cariño, cuando ya a las tres semanas corría por la llanura retozando con los otros, en cuanto caía la noche, siempre el cordero se venía a dormir junto al joven.

Por lo visto esto fue una cosa tan normal y creció tanto que cuando ya el cordero se hizo borrego y luego pasó a carnero, aquella amistad sencilla pero noble, no desapareció sino que siguió creciendo hasta llegar a ser verdaderos amigos, carnero y muchacho. Para donde se

movía el joven se iba el carnero y si el muchacho lo llamaba por el motivo que fuera, el carnero siempre acudía como si se tratara de un perro adiestrado.
- ¡Ay que ver lo manso que ha salido este animal!.
Decían unos y otros cada vez que veían al joven y detrás de él o delante, el carnero.

Y tenían toda la razón porque ciertamente parecía que el animal no podía pasar sin la compañía del joven. Pero de todos los ratos y pruebas de amistad que aquel carnero prodigó a su cuidador y amigo, el más hermoso, el más significativo y desinteresado de ellos era cuando el rebaño subía o bajaba por la senda, al barranco o a la nava. En cuanto el joven organizaba a las ovejas para que estas se pusieran en marcha, el carnero se venía a su lado. Lo miraba un poco como si le preguntara qué tenía que hacer y al ponerse las ovejas en movimiento, el animal se acercaba al joven y empezaba a rozar su cabeza por las piernas del amigo.
- ¡Que ya sé lo que quieres!
Y entonces el muchacho se quitaba su zurrón de las espaldas y con sumo cuidado lo adaptaba al lomo del carnero.

Por lo visto aquello era una de las cosas que más le gustaba al animal y por lo visto era una gloria ver al rebaño subiendo por la senda en busca de la nava con el joven a la cola y el carnero, entre el rebaño y el pastor, caminando el último con el zurrón sobre el lomo.
- Será que el animal quiere agradecer los cuidados que le prodigaron nada más nacer.
Decían unos y otros cada vez que veían aquella escena.

Desde la puerta del establo echo una mirada al barranco que tengo frente y después de leer la inscripción que dejaron en el umbral de cemento: “1992, R.A.” me pongo en movimiento cañada arriba. Creo que es esta la tan conocida Cañada de Aquilino y he decidido irme por ella porque nada más verla, me gusta. Desde lo hondo de mi ser, simplemente su visión me remite a una de esas grandiosas obras de Juan Sebastián Bach, donde todo, al principio, parece simple y trivial pero luego, si te metes en la hondura de su desarrollo, te vas dando cuenta que aun siguiendo, simple, llega a alcanza una profundidad y belleza sin igual. Parece y hasta dudas que tan magnífica obra, haya sido concebida por inteligencia humana.

Pues este barranco y más aun, la zona de la cañada por donde empiezo a subir, me sugiere y remite al fantástico mundo que emerge desde cualquiera de las bellísimas fugas del autor atrás mencionado. Lo primero que me encuentro es un pequeño castellón de rocas blancas. Un macizo de peñascos calizos que se han asentado sobre la llanura de la cañada dejando, por la parte que mira a la cumbre, una preciosa extensión de tierra fértil. Aquí están las ruinas del cortijo. Desconocido por completo y con los enebros y romeros crecidos en lo que fueron los aposentos de la cocina y las habitaciones. Las piedras blancas que en aquellos tiempos sirvieron para tejer las paredes de la vivienda, se amontonan, desordenadamente, junto al segundo pequeño castellón.

La visión del joven desde aquella repisa rocosa sembrada de flores azules, aquí la tengo ahora mismo delante de mis propios ojos. Toda la ruina queda arropada por la sombra de un majoleto. Es decir: la vida brotando en los escombros que en otros tiempos cobijó también a la vida.

Estoy yo mirando a esta imagen y entretenido en averiguar qué es lo que ocurre dentro de mí, cuando me

tropiezo con la belleza: una pequeña orquídea que en solitario ha venido a brotar a la misma ladera que desde la ruina se remonta un poco para el lado de la cumbre. Es una opífera y da la casualidad que revoloteando alrededor de ella hay dos o tres abejas. Toda una sorpresa y toda una belleza en la soledad y quietud ahora mismo de esta cañada y justo donde la vida llenó de gozo y ritmo, las tierras de la llanura que piso.

Algo, dentro, me estaba diciendo que me viniera por esta cañada. Para subir a la cumbre que pretendo puede que hubiera sido más fácil por el otro barranco. El que sube desde el segundo manantial y va a salir justo al Puerto de la Nava. Pero también intuyo que esta cañada debe tener una salida natural hacia la cumbre. Como la cañada penetra hacia el corazón de la cordillera sin apenas violencia, se remonta con mucha más comodidad.

Junto a las rocas, sobre las cuales se refugiaba el cortijo veo, además de las ruinas, las nogueras, que son dos, varios membrillos que ya tienen vestidas sus ramas con las hojas nuevas, algunos almendros y otro puñado de árboles frutales por la parte que pega al arroyo. Por donde voy pasando, existe una pequeña llanura y casi en

su centro, un pino gigante. Crece recto y sobresale por entre todos los demás pinos de esta cañada.

Otra maravilla que seguro puede decirme mucho de aquellas personas y aquellos tiempos. ¿Por qué milagro este pino escapó a la tala también de aquellos otros tiempos? Paso rozándolo y toda mi atención se concentra ahora en descubrir la senda que intuyo. Como hace tanto tiempo que esta senda y otras, se han dejado de usar, estará perdida, borrada y comida por los romeros que por aquí crecen tupidos.

Y exactamente, por detrás del pino, la acabo de ver. Es como una borrosa pista que arranca de aquí mismo y sube por el lado derecho de la cañada buscando el manantial que también debe brotar algo más arriba. Se recoge el terreno al final formando como un cono, nacimiento orográfico de la cañada, y ahí espero encontrar un manantial.

Llego el primer manantial de agua que mana en esta cañada. Es poca cosa porque la sequía de este año no da para más pero sí sale, del lado derecho de la cañada, un pequeño chorrillo y cae en la que fue alberca y ahora sólo

es un agujero redondo en la tierra cubierta de hierba y monte. Está claro que los del cortijillo la aprovechaban regar las tierras llanas de la cañada. Almacenaban el agua en esta rústica alberca y desde ella la distribuían según las necesidades.

Según voy recorriendo las tierras llanas de esta cañada, descubro que es preciosa. Y hasta ya estoy viendo lo que puede ser el final: una llanura amplia donde también estuvieron las huertas y en el otro extremo, el frontal de la ladera empinado y escabroso. Es una tierra buena esta. Y llego a donde orográficamente se termina la cañada. Finaliza la llanura y nace el arroyo. Aquí mismo brota otro endeble venero que por los indicios, no debió ser tan pobre en otros tiempos. Sale por el lado derecho, por entre la sombra y raíces de los pinos que se apiñan en denso bosque.

Es normal que todos los manantiales de este barranco salgo del flanco derecho ya que es por este lado donde se encuentra la verdadera montaña. Todo el alto de los Palancares que no es sólo un pico, sino un buen bloque. Junto a los pies mismos de este segundo venero vuelvo a encontrarme otra alberca tallada en la tierra. Tiene más

sentido porque se encuentra en la parte más elevada de la cañada. A ella, ahora mismo, entra un hilillo de agua y tal como llega, sale porque está rota y ya no sirve para lo que fue construida.

Se me termina la pista y no encuentro la senda. No sé por dónde seguir aunque sí tengo claro el objetivo. No me desanimo y continuo cañada arriba, que ya es ladera, hasta que me tropiece con ella. Por entre el monte y escalando casi la ladera porque desde la distancia parece poca cosa pero luego es algo más.

Ya me he encajado casi en todo lo alto del puerto que es el punto que vengo buscando. Me he venido campo a través con la ilusión de, en cada recodo de roca y detrás de cada pino, encontrar el importante camino que debe existir y no lo he visto. En unas de mis paradas para darle descanso al corazón y que se me llenen los pulmones, miro para atrás y veo la gran panorámica de todo el barranco, la curva de la pista donde he estado comiendo, las rocas de la cueva, la casa del macho montés, la pista que le entra al barranco y en el repecho de enfrente, ya estoy viendo los pinos cortados de aquellos que el fuego quemó.

Y me queda muy poquito para atravesar una pequeña hondonada que hay aquí y coronar este portillo. Al otro lado espero encontrarme con la ladera de la casa forestal Fuente de la Zarza. Por lo alto de la elevadísima cuerda, asoman las blancas nubes. Las famosas y bellísimas nubes blancas tan características en estas sierras y que siempre asombran por su elegancia y belleza. Siempre engañan haciendo creer que duermen y arrancan de ahí mismo, en esta y las otras cumbres de la gran sierra pero en cuanto remonto, ellas me coronan y ya parecen que vienen de las otras cumbres más lejanas.

Son las tres y diez de la tarde y creo que por fin he encontrado la senda. ¡La he encontrado! Viene mucho más pegado a las rocas de la cumbre, por el mismo borde de la pared. Entre despeñadero y despeñadero, pasando casi por la cresta y como si tuviera miedo caerse para el barranco. ¡Claro! Yo la buscaba a media ladera y tanto me he emocionado encontrarla que al llegar a ella, en lugar de seguir y terminar de remontar por la derecha, que es para donde me queda el puerto, me vuelvo para atrás que es mi izquierda. Siguiéndola me voy por lo alto de la

cumbre desde donde se ve una impresionante panorámica.

Ahora quiero descubrir lo que antes buscaba. Pienso en esas cumbres que me quedaban a la izquierda según subía y lo que desde esas alturas seguro se divisa. Llego hasta el monte entre la cañada que he recorrido y decido que este es el límite. Pero el camino sigue y ya lo veo con absoluta claridad. Va por todo lo alto de la cumbre y avanza y vuelca. Me tienta su visión y el trazado por donde se esturrea y me pide seguirla unos metros más. Así que voy a recorrerla un trecho porque creo que detrás, se esconde un buen trozo de sierra que sin duda, me va a gustar. De todos modos, tengo que aprovechar la oportunidad una vez que ya he venido hasta este rincón de la sierra. Sabe Dios si volveré otra vez y por eso ahora, es una pena que estando como estoy a dos pasos de esta cumbre, me vaya sin haber visto lo que al otro lado el Creador tiene modelado.

Por estos parajes, me faltan pequeños trozos de sierra para completarla en mi mente y creo que este trozo que ahora mismo tengo la oportunidad de ver, me va a servir para dejar claro algunas cosas. Según voy remontando

los picos que tropiezo por este lado, veo el otro poyo que hay más allá de la cañada por donde he subido. Animado, porque ya me queda poco para coronar la cumbre por este lado, sigo esperando que no sea infinito lo que sueño.

Algo a lo lejos veo un collado con un pino seco clavado en la tierra. Detrás de esa cumbre adivino al Embalse de Aguascebas. Exactamente la senda sigue la curva de nivel que va por los mil cuatrocientos metros y en cuanto gire un poco para la derecha y corone, llego a los mil quinientos y se dan justo por donde pasa el límite de algunos pueblos. Voy atravesando la hondonada de la cañada por la cual he remontado buscando esta senda. Si hubiera subido algo más, lo habría encontrado pero aunque lo intuía, ¿qué sabía yo?

Al llegar al final de esta cañada, remonta brevemente. Traza tres preciosas curvas. Tiene trozos muy rotos este camino. En la misma senda ya crecen gruesas matas de romero de lo poco usado que ahora se encuentra. De cada mata sale un enjambre de abejas que por aquí están recogiendo su polen y el néctar de las flores.

He coronado la morra y estoy lleno de un gozo profundo y claro. Desde este punto se ven una barbaridad de picos. Todo este lugar es un laberinto de picos y lo que adivinaba más fácil, lo encuentro bastante complejo. Resulta que ahora mismo estoy entrando al corralón que forman los cinco o seis picos más alto del lugar llamado los Palancares. Mil trescientos ochenta y ocho, mil cuatrocientos cincuenta, mil trescientos noventa y ocho, mil cuatrocientos cincuenta y seis y mil quinientos veinte metros es la altura de los picos que por aquí sobresalen.

Orientarse no es lo difícil, si no saber con exactitud cual es cada pico. Y sin son los arroyos y laderas que desde aquí parten, todavía es más complicado. A unos cuatro kilómetros hacia el norte y en línea recta, sé que se encuentra el Embalse de Aguascebas. Y desde este embalse, sube un gran arroyo que tiene su comienzo por estos picos. Me estoy refiriendo al arroyo de las Aguascebas de Chorro Gil.

Por el lado de abajo, cerca de mí y por el lado norte, tengo una manada de ovejas. Enseguida pienso que si por aquí estuviera el pastor, sería mi salvación. Sobre la roca de esta grandiosa y espléndida cumbre me siento

por completo anonadado. Me quedo sin aliento, sin orgullo y en mi mente se rompen todos los moldes humanos. Es otra realidad la que desde aquí se capta y ante ella, me estoy sintiendo aplastado. Venía yo contento y creyéndome algo y ahora estoy por completo perdido y hasta mi tono de voz es otro. Me voy a sentar sobre esta roca y despacio, dejaré que mi alma se empape y rebose.

Al otro lado de este barranco oscuro tengo el pico de la Morra, en el centro, el surco del Aguascebas Chico. Por la parte de la derecha, la cumbre que sigue es el Pardal que llega a los mil quinientos ochenta metros. Al otro lado se extienden las llanuras de Jabalcaballo.

Por las laderas de la Morra, descubro el trozo donde aquel día que recorrimos las llanuras de Jabalcaballo, nos paramos a beber en la fresca fuente. Descubro allí mismo al cortijo abandonado y caído. Toda la ladera que, en otros tiempos estuvo sembrada de preciosos trigales, ahora parece un desierto por la desolación y tan solitaria.

Me muevo para el lado derecho y me tropiezo con una gran dolina. Y es que ahora, ya que he coronado esta cumbre, en lugar de volverme y coger la senda para

regresar, voy a seguir subiendo y corono la cumbre para entrarle a la caseta del puesto por la parte de atrás.

Voy terminando de coronar por el portillo que veía y antes de llegar a lo alto, el gigante muerto. Un pino laricio, seco. El viento lo ha tronchado por la mitad y está caído entre las sabinas. Ya estoy en lo alto y lo que esperaba: Piedras Rubias enfrente. ¿Para dónde me voy ahora? Y lo digo porque esto es tan dulcemente hermoso que cuanto más ando más me apetece seguir. Pero ya decido coronar el pico que tengo por la izquierda y desde ahí, me iré viniendo para tomar el regreso.

Por aquí me encuentro con la famosa planta de estas cumbres: la Arenaria tetraquetra. Por donde más la he visto, siempre ha sido por estas cumbres y en lo más alto. También descubro una linaria lilacina y una globularia espinosa, plantas todas de zonas rocosas y altas.

El último tramo de la cumbre, es todo una pura aguja violentamente erosionada. En forma de aguja total y filos cortantes y esto es impresionante. Y lo único que se me ocurre es decir con S. Ignacio: “Donde encuentre lo que busco, allí me detendré”, y como en el fondo lo que busco

es a Dios a través de sus criaturas que en este caso son estas sierras, aquí me detendré porque lo he encontrado. Lo estoy palpando, sintiendo, gustando. Pero como Él es infinito, ya estoy viendo que más allá esconde algo nuevo que no está aquí, siendo bello y completo esto y aquello.

Perfectamente veo yo desde este punto varios cortijos por las laderas que tengo al frente y por las tierras que les rodean, su puñado de álamos. Ya intuyo que ahí mismo debió brotar una fuente. Por estas cumbres tienen que caer nevadas muy grandes. Hasta produce una extraña emoción pensar que me encuentro en las cumbres que son las fuentes primeras del gran río Guadalquivir, llevando agua a Córdoba, Sevilla y otros muchos pueblos. ¡Y que por allí sea lo que es habiendo sido nieve inmaculada en estas elevadísimas y hermosas cumbres!

Otra de las maravillas que desde este centro descubro con perfecta claridad, es el macizo del Banderillas. La vista queda aun más engrandecida por el gran bosque de nubes blancas y otras oscuras que recorren el azul del cielo. Como si arrancaran de algún rincón de la sierra y al caer la tarde salieran a darse un paseo. Miro mi reloj y son ahora mismo las cuatro en punto de la tarde.

Me vengo para el lado sur y sigo coronando picos ahora ya no tan agudos, sino redondeados. Muchos pinos laricios crecen por aquí y bajo ellos, la tierra llana tapizada de hierba fresca. Rocas blancas algo salteadas por entre los pinos, otro pino laricio caído y seco, tendido en dirección a las Banderillas. ¡Precioso y la cumbre y el silencio!

Avanzo y claro que aquí tengo ya el gran barranco de la Torre del Vinagre. Recuerdo que por aquí pasé aquel día que subí a Piedras Rubias. Aquí crecen los robles y a mi derecha tengo el collado de la caseta del Puesto. Me voy hacia ella.

Volcando para el collado, antes de bajar, en todo lo alto, una preciosa llanura. En su mismo centro, un pino laricio gigante y casi de juguete, tres enanos vestidos de belleza. Veo la cumbre donde el otro día se me arrancó el ciervo, el caballo de la Fuente de la Zarza y algo de la llanura. Voy bajando hacia ese punto.

Hace ya muchos años, la primera vez que recorrí estas cumbres, llegamos hasta la llanura de la Nava y ahora

recuerdo que en todo lo alto, crecen un puñado de grandes robles. ¡Qué bonito es ese rincón! Y me dijeron que por ahí justo estuvo Rodríguez de la Fuente realizando sus programas del “El hombre y la tierra”.

Voy bajando y es más fácil de lo que pensaba. La tierra llana y tapizada de hierba, rocas suaves, robles, muchas sabinas y espinos. Y de vez en cuando me llega una ráfaga de viento cargada de un fuerte olor a miel. Un olor agradable y sé que mana de las flores de los majuelos que todavía se visten de blanco y por entre estas rocas crecen salpicados.

Veo aquí mismo una espesura de zarzas muy verdes. Me encuentro con agua. Mucha vegetación y del rincón se me arrancan cinco ciervas. Saltan por las rocas y se pierden por la ladera buscando la cumbre que he dejado atrás. Miro y veo que el agua brota de entre unas rocas y las zarzas y empieza a irse por el pequeño arroyuelo. Primerísimos metros de un afluente menor del arroyo Torre del Vinagre. Una gloria sentir, ver y gozar este privilegio y confieso que me gusta mucho.

Los nacimientos de los arroyuelos sobre las cumbres o en las laderas de cabecera, me llenan de gozo sincero. Es como si estuviera en la fuente primera que da la vida limpia. El nacimiento o comienzo de algo y más de un arroyo o vida humana, siempre es materia frágil, inmaculada, tierna y por eso, cuando me encuentro con estas fuentes leves comienzo de mil arroyos, me lleno de profundo gozo. Siento como si fuera el único por estas sierras que tiene tal suerte y en la intimidad y el silencio.

Voy bajando por el cauce de este recién nacido arroyo de aguas limpias y encuentro algunos charcos donde se bañan los jabalíes. Hacia abajo se me arrancan otros cinco ciervos que también brincan por las rocas y se pierden por la espesura del monte.

Hacia la derecha, dirección al collado, me tropiezo con un gran lapiaz. Tendría que cruzar recto y irme para la caseta pero no puedo porque las rocas me complican el paso. Me voy por el surco donde mana el agua que es mucho más fácil. Pero aquí, en el centro de lo que es el arroyo en su comienzo y es también una trinchera de rocas calizas con filos cortantes, crecen espesos los majuelos repletos de flores blancas. También por entre

los majuelos, me encuentro con un buen puñado de cerezos silvestres. Es fácil el paso por el lugar además de bonito.

Recuerdo que por estas laderas crecen muchos robles. Me los voy encontrando mientras ya salgo de lapiaz. Ahora entro en un bosque de pinos repoblados. Y por fin, después de tanto buscarlo y rodearlo, voy a caer al mismo centro del collado que tanto deseo.

Ya tengo aquí la pista y es la misma que me encontré cuando aquel día venía buscando Piedras Rubias. Y ya estoy en lo que es el puerto de la caseta del Puesto. Justo por este punto yo aquel día coroné la cumbre. Me preguntaba aquel día por los caminos y las casas de los barrancos de Poyo del Rey que tanto me asombraron y ahora mismo vengo de recorrerlos. Y llegué a pensar que este lugar sería uno de esos rincones de la sierra que para mí quedarían para siempre desconocidos y no ha sido así.

También la senda que aquí mismo arranca y se va por la ladera de donde vengo, aquel día me preguntaba, lleno de asombro, que a dónde iría y mira por donde hoy la acabo de recorrer. Me asomo por donde crece el roble

que ya conozco y al igual que aquel día, surcando la ladera y casi trabada en las rocas. Es la misma que buscaba cuando subía por la Cañada de Aquilino. Arranqué desde la caseta de este puerto. En este mismo punto, es donde se dividen las sendas o caminos que vienen desde la casa forestal de la Fuente de la Zarza.

Un ramal sigue para Piedras Rubias y otro ramal entra por el lado sur del cerro que he recorrido. Ya voy a seguir para rematar la ruta de hoy y claro, aquí mismo tengo la llanura de la gran nava. Ya sé ahora que si desde esta llanura me voy para el barranco de Poyo del Rey, salgo a las sierras de las Villas y por ahí, a la carretera que la cruza. Y como ahora me voy para atrás, saldré a la casa de la Fuente de la Zarza.

Pero antes de irme voy a despedir a este roble y a esta caseta totalmente en ruinas. Los miro detenido y como si ya los quisiera en lo más hondo de mí, les digo que hasta cuando mi Dios quiera devolvérmelos en el reino que me tiene prometido y sigo. Son las cuatro y media de la tarde.

Ya voy camino de regreso. Tengo el coche en el mismo Puerto de las Palomas. Un buen trecho. Voy

atravesando la llanura y exactamente: este punto es el que nosotros vimos aquel día y aquí mismo, junto al camino, tres o cuatro montones de ramas de pino. La senda avanza llana y entre grandes robles y pinos repoblados pero todo muy seco aunque la hierba sí se le ve verde. Dentro de veinte días y si no llueve antes, estará seca toda la sierra.

Y tal como lo había intuido: ya comienza a bajar la pista que ahora recorro penetrando en el barranco de la Fuente de la Zarza. Quisiera llamarlo el barranco del paseo de los robles porque continuamente me los encuentro a un lado y otro. Y ciertamente es un paseo precioso. Ya veo la casa forestal. En cuanto la pista comienza a bajar, remonta un collado, a la derecha me queda la llanura.

Aquí se dividen los caminos o se juntan. El que se va por la izquierda sale al arroyo de la Torre del Vinagre y el que sigo al frente y acabo de recorrer, es el que me llevará a donde necesito. Ambos se dividen o juntan cien metros antes de llegar a la casa forestal.

Pero antes de llegar me paro junto a un pequeño chorrillo. Es donde se encuentra la máxima curva del

barranco que voy recorriendo. Por arriba me queda la gran cumbre que ya conozco. El hilillo de agua, se abre paso por entre el fango de los jabalíes. Con mis manos y ayudado de un palo seco de enebro, abro una poceta en la tierra. Espero que se aclare y bebo. Es agua limpia con gusto a nieve y ahora me sabe a esencia. Después de gozarlo un rato y gozar el bello pareja del barranco, sigo.

Remonto la pequeña cuesta y en cuanto estoy en la llanura, tengo la casa a mi alcance. La vieja casa forestal de la Fuente de la Zarza tiene una construcción tipo cortijo andaluz y se compone de varios bloques. Entrándole por este lado, primero se ve la chimenea, una puerta que da entrada a unos de los módulos, tiene delante una llanura y hay aquí un trozo que se le ha caído. Es un buen trozo con varias estancias.

Como ya estoy junto a ella, voy dándole la vuelta. Por el lado que da al Puerto de las Palomas, es por donde le llega la pista. La cerca una alambrada y está cerrada, con su candado y su cadena. Sigo girando y ante mí se presenta, al fondo y a lo lejos, el perfil mágica de Piedras Rubias. ¡Qué visión más bonita tiene desde aquí!

Voy dándole la vuelta y lo que más me atrae es la vista que sobre la sierra existe desde este punto singular. Por el lado del valle, me encuentro un bloque de piedras que me cortan el paso. Casi no puedo seguir pero crece aquí un cerezo como el que me encontré por la cumbre, aunque creo que es peral silvestre y por la parte de abajo, voy a intentar pasar. Por el lado del valle, tiene cinco ventanas. Una bien grande y dos más pequeñas, color verde y con cristales.

Sigo y ya estoy en el lado que da al Puerto de las Palomas. Una puerta veo y está cerrada. Justo aquí crece un gran árbol que no es de estas sierras. Miro bien y ahora ya sí me doy cuenta que esta casa tiene la misma estructura que la de la Fuente del Sagreo pero es más grande. Son dos bloques de viviendas y cada una tiene su puerta y el techo a dos aguas.

Por el lado del valle, veo un cobertizo entre las rocas y para él me voy. Por aquí se encuentra el grandioso mirador sobre las tierras llanas del surco por donde baja del Guadalquivir. Me sitúo encina de las rocas y la impresión es de ensueño. Veo un gran hotel muy conocido, el arroyo que le lleva agua, la pista por donde

subí aquel día y se junta con la que he traído y toda esa grandiosa ladera. Frente tengo Cabeza Rubia y Peñón Quemado y toda la cuerda del Banderillas, Calarilla y hacia la Mesa y las nubes blancas que se alzan mágicas proyectando sus sombras por toda la sierra. ¡Qué hermosa es la sierra que tan profundamente llevo en mi corazón y tan delicadamente siento edén del Dios que me da la vida! ¡Qué belleza tan gigante y al mismo tiempo, sutil y fina, de donde recibo la vida y la muerte que me está llevando!

Por entre estas rocas blancas, mirador natural y perfecto sobre gran parte de la profunda sierra, crecen muchas cornicabras y quejigos. Tengo aquí otro árbol de la misma clase que los que he visto por las cumbres. Y ahora, ya cayendo la tarde, quisiera yo cerrar esta ruta. Son las cinco en punto. Sólo tengo que recorrer unos metros pista adelante y me encuentro con el cortijo de Comino, donde estuve cuando trazaba la ruta del Salto del Moro. Desde ahí hasta el Puerto de las Palomas, ya lo tengo todo dicho, andando y guardado en lo más inmortal de mi ser.

Así que sobre este mirador voy a poner punto final. Lo más importante y, que de verdad me hubiera gustado decir, se queda por aquí y en su silencio. Sabe Dios si para siempre y es que, como tantas otras cosas, vuelvo a decir que la sierra y lo que con los ojos de la cara y el corazón he visto y sentido, no me cabe en el alma. Sé que es mucho lo que se me queda por estas fuentes y arroyuelos, palpitando y gritándome a voces pero ¿quién me pudiera ayudar para sacar a la realidad tangible lo que más parece el perfume dulce de un beso sagrado? ¿Por dónde empiezo y por dónde acabo para decir lo que tengo necesidad y quiero, porque me quema con el dolor de lo placentera y la amargura de la muerte?

Lo mejor, lo que es realmente bello y tiene gran valor, casi no lo he rezado. Pero desde lo auténtico de mi ser, grito un profundo gracias a mi Dios por haberme permitido, una vez más, recorrer su edén y dejarme beber algunos sorbos de lo que es tan dulce y más que apagar la sed, la aumenta. Sea la gloria para Él y el honor desde mi corazón sincero que con tanta abundancia, hoy me he sentido premiado.

La fragancia eterna

Llenó el día con su luz otra vez los amplios campos y como la silueta de la montaña se alza esplendorosa, todavía durante un rato más la sombra de la cumbre arropa a las tierras llanas y las lomas alargadas del valle.

Pero del chozo de monte, pegado a las encinas grandes, el joven salió y del corral de piedra construido aprovechando la cueva, dio suelta a los animales y por la cañada suave que baja para los remansos del río, se fue deslizando en busca de la fuente clara y la hierba fresca y cuando ya las ovejas estuvieron llenando la tierra, miró a la cumbre larga por donde el sol tenía que llegarle y al no verlo, se dijo: “¡Qué raro que hoy el disco de fuego venga por el otro lado del valle!”.

Y se puso a regresar a su chozo porque en los corrales todavía le esperan los borregos y conforme iba subiendo, las montañas se le hacen grandes y no encuentra la senda y por la ladera que da a las aguas del lago ancho, atraviesa el monte y sube a la cresta de la segunda cuerda y tampoco encuentra la vereda que regresa.

Y el joven pastor del sencillo valle, inquieto está buscando al sol, cree él, alzándose como siempre, por las cumbres de la lejanía del levante pero cada vez más hoy descubre que la realidad se le ha vuelto del revés y por eso en su mente no cabe, que el disco de fuego esta mañana venga saliendo por el norte y que los caminos del valle, ya no regresen a su chozo, sino que se alejen, sin rumbo, hacia el lado de la tarde.

13- GRANDES RUTAS

POR LA SIERRA PROFUNDA. Río Guadalquivir

Salto del Moro, Puente del Hacha.

Carril y vieja Senda. Andado. Zona restringida.

La distancia

Tomando como punto de partida el mismo Puerto de las Palomas y hasta el Puente del Hacha y siguiendo fielmente el trazado de la senda, la distancia a recorrer llega a los ocho kilómetros y medio.

El tiempo

La ruta propiamente comienza en el mismo Salto del Moro pero hay que ir andando un trecho desde el Puerto

de las Palomas. Pues sumando este tiempo, un descanso en las ruinas del cortijo de la cañada y otro respiro al llegar al río, vieja piscifactoría de la Rejona, el tiempo necesario sería entre tres horas y media a cuatro.

El camino

No presenta dificultad ninguna puesto que está bien visible y fácil de andar y, además, todo el recorrido es bajando. Un primer tramo, desde el Puerto de las Palomas hasta el Salto y Cueva del Moro y todavía unos metros más, va por pista de tierra en buenas condiciones. Un segundo tramo, desde la nave de Royo López hasta las ruinas del cortijo en la Cañada, discurre por el trazado de una vieja senda, también muy visible y buena para andar. El recto de ruta hasta el final, es pista de tierra sin problemas de ningún tipo.

Pues arranca esta ruta en el mismo Puerto de las Palomas y durante un buen tramo, avanzan siguiendo la pista de tierra que lleva al cerro del Mosco, emisora de vigilantes de incendios, y recorre toda la cuerda hasta en Puesto de la Nava. A la derecha y a la altura del Salto del Moro, se desvía una pista forestal en buen estado y por aquí comienza la ruta. Vuelca a una leve hondonada

donde se recoge la nave para del ganado de los pastores por esta zona y por aquí muere la pista.

Sigue la senda curvándose por la ladera del Cerro Campanillas y pronto nos dejará sobre un barranco profundo y lleno de una espesa vegetación. Por aquí baja la vereda trazando curvas para adaptarse al terreno y al poco, nos deja sobre las tierras llanas junto a las ruinas de un cortijo. Es este un punto agradable para tomar un respiro y gozar del paisaje.

Desde estas tierras llanas, viejos huertos, continua ahora ya en pista de tierra y después de caer por una empinada ladera, descansa sobre las mismas riveras del río Guadalquivir. A la derecha nos quedan las construcciones de aquella piscifactoría llamada la Rejona y a la izquierda, siguiendo el curso del río, continua la pista que después de algunas curvas más, cruza la corriente y por su orilla, dulcemente acomodada, nos va llevando hasta el encuentro con el Puente del Hacha, carretera asfaltada que atraviesa el valle desde Arroyo Frío hasta el Embalse del Tranco.

El camino

En el mismo punto del comienzo, nos envuelve la grandiosa visión que desde estas cumbres se abre en todas las direcciones. Por el lado de norte nos quedan las extensas tierras del valle del Guadalquivir, pobladas de olivares desde Cazorla hasta las lomas de Úbeda y un poco al levante, las sierras de las Cuatro Villas.

Mientras recorremos el trozo de pista hasta la Cueva Salto del Moro, como avanzamos por la misma raspa de la cumbre, la visión sigue abierta en todas las direcciones y hacia horizontes lejanos. Un pequeño paisaje de rocas calizas algo, ya convertido en lapiaz, nos recibe cerca de donde tomamos la ruta a la derecha. Un precioso bosque de pinos y sabinas nos van arropando y según comenzamos a bajar, las leve hondonadas y las insospechadas laderas rocosas y pobladas de romeros, nos irán recreando armoniosamente.

Por el gran barranco del Cerro Campanillas y por las ruinas de aquel viejo cortijo, los romerales junto, con la espesura de los pinos y algunos robles, se nos presentan cada vez con más fuerza y belleza. Ya por las ruinas del cortijo y luego por las riberas del río, lo que nos

asombrará es la pared rocosa que por la derecha vamos dejando mientras nos hundimos en el cañón del Guadalquivir. Un espeso bosque de pinos laricios, se nos presenta justo donde la pista ya descansa en las llanuras y la esbeltez de sus troncos nos dejarán gratamente sorprendido.

Por el puente que da paso al río y luego por la orilla del cauce hacia el punto final de la ruta, nos arropa la sombra siempre fría y agradable, de un espeso bosque de robles, encinas, pinos y sabinares que nos van llenando de asombro a cada recodo de la pista. Es este uno de los paisajes más bellos por el que pasa la ruta.

Lo que hay ahora

Así que a las once menos diez me pongo en marcha. El día se presenta gris y con bastantes nubes cubriendo el cielo. Por la tarde pueden repetirse las tormentas. De este primer tramo hasta donde se abre la cueva que es por dónde brotaba la fuente del Cocón, no tengo nada que decir porque ya lo conozco y lo dije en las rutas anteriores.

Al llegar a donde, de esta pista se desvía la que sube para el cerro de la emisora, Mosco y a la izquierda, a la derecha se extiende una roca blanca. Se le ve muy pisoteada por los animales. Se nota que aquí le ponen sal, realidad por la cual se le podría decir a esto las salegas de la fuente del Cocón, que ya no mana. En este punto mismo he visto una cabra montés. Pastaba solitaria y al descubrirme, se ha tirado para el barranco velozmente.

Un poco más adelante, de esta pista principal, para la derecha se desvía la que pasa rozando la cueva. Es donde pienso hacer mi primera parada cuando dentro de unos días vuelva por este camino guiándolos a ellos. Quiero que observen el bonito lapiaz que existe por aquí, la cueva y donde brotaba la fuente desaparecida. Ya he calculado el tiempo: desde el mismo puerto de las Palomas hasta el arranque de la ruta que, al día de hoy corresponde, veinte minutos. En observar y recorrer por encima a este lapiaz, se nos pueden ir diez o quince minutos y en llegar a royo López, que es donde brota un poco de agua y se alza la nave para las ovejas, podremos tardar cuarenta o cuarenta y cinco minutos.

Si tenemos suerte, cosa que me gustaría, nos podremos encontrar con los pastores reunidos y sentados a la sombra de los pinos tomando una cerveza y desayunando juntos. Pienso pedirles que paren quince minutos para que ellos también se coman sus bocadillos de media mañana y antes de seguir, para empezar a recorrer el segundo tramo de la ruta, el más complicado, puedo darles algunas indicaciones. Como serán casi sesenta y este segundo tramo va por una senda de las de aquellos tiempos, quiero decirles lo que deben hacer para recorrer el trozo de vereda, gozándola a fondo y sin que a ninguno les pase nada.

Primero en fila india, uno detrás de otro, guardando la distancia de un metro entre sí. Segundo, no hablar mucho con el de atrás para evitar distraerse y tropezar o resbalar con el peligro de rodar y otras inconveniencias. Tercero, no gritar a fin de no dar el espectáculo por parajes como estos e ir atentos a la senda y al entorno para así gozarlo a fondo. Alguno me pregunta que esto de la distancia de un metro entre sí ¿para qué es? Y entonces le digo que:

- Porque así hay garantía de ir atentos a la vereda que pisas y porque el monte que apartas para pasar, al soltarlo, no le dé al compañero en la cara o en los ojos.

- ¿Pero tan peligroso es la vereda?
- Lo que pasa es que las sendas de aquellos tiempos, son estrechas y como ahora ya casi no las anda nadie, están llenas de monte, piedras sueltas, barrancos abiertos por las corrientes y otras dificultades. Si no se va muy atento al pisar una piedra suelta, se puede resbalar y las torrenteras son escabrosas y profundas.

Además, no es lo mismo ir una persona o dos por la senda que cincuenta que no están muy acostrumbrados a moverse por las veredas de la sierra. Y por otro lado, os conveniente saber que el camino que estáis recorriendo, es el que usaban, para salir y entrar a estas sierras, las personas que vivían en los cortijos. Porque antes no eran las cosas como ahora.

Estas cosas es lo que más o menos pienso decirles a fin de que todo salga bien. Por eso ahora estoy recorriendo la ruta y en cuanto vuelco al arroyo López, veo el pilar, la nave con las ovejas dentro y a los pastores ahí comiendo a la sombra de los pinos. Tres coches tienen ellos por aquí y han venido hasta sus esposas y niños. Como si estuvieran celebrando algo.

Desde lejos los saludo y mientras sigo bajando con la idea de pararme con ellos, aunque sólo sea tres minutos, ya voy pensando en lo que les voy a preguntar. Giro la curva con la pista y ya estoy rozando el corro que dibujan sentados por el suelo.

- ¿Voy bien para la Cruz del Muchacho?

- Va bien pero el camino se termina aquí mismo.

Me aclara el pastor que el otro día me contó un buen puñado de nombres de todos estos lugares.

- Pues usted tira por la parte de arriba de la nave y ya verá por ahí la senda. Sígala e irá a salir justo a las ruinas de la casa.

Me dice el que ya considero amigo. Se lo agradezco y después de indicarme que este que recorro es el arroyo López, lo despido.

Desde la sombra de sus pinos, donde comparten su desayuno, me miran mientras me alejo y rodeo la majada. Ya sé que la senda arranca justo por la parte de atrás y es por ahí, por donde me voy. Al pasar rozando las paredes de la nave, me pregunto el por qué hoy las ovejas, a las doce de la mañana, están encerradas en su corral. No hace todavía mucho calor porque es temprano y por eso

más bien parece que aún no han salido de este corral. Se lo debí preguntar a ellos pero no he caído en la cuenta.

Enseguida descubro la hondonada y empiezo a bajar con mis cuatro sentidos puestos en los paisajes que voy viendo. Tengo conciencia de que cuando dentro de unos días vuelva por esta senda guiando a ese grupo de personas, sobre mí recae mucha responsabilidad. Por eso ahora me aseguro de las dificultades que pueda presentar esta ruta.

Ya por de pronto me noto que la senda está bastante rota en mucho puntos. Los romeros crecen espesos por todos sitios. Por otro lado, a mí mismo me pregunto que cómo se me ha ocurrido meter a un grupo de personas por esta senda y sierras. ¿Qué razones tengo hoy para comportarme de este modo?

Desde la tinada de arroyo López, la senda baja, primero un poco casi recta y luego se va para el lado izquierdo buscando el Cerro Campanillas. Se adentra en el barranco y resulta que no sucede lo que me esperaba. Y es que espero que la pista que aquel día vi al final de la

que remonta desde la piscifactoría y que se venía hacia el lado izquierdo, fuera esta misma senda y no es así.

La senda le entra a las ruinas de la casa justo barranco abajo que es por donde subí hasta la llanura del Cerro Campanillas. Resulta que aquel día, por donde creía que subía hasta el Puerto de las Palomas, no va y por donde no me la esperaba, sí está.

Miras al reloj y ya marca las doce y diez de la mañana. Estoy ahora mismo en lo que llamo las ruinas de la casa forestal de la Cruz del Muchacho. Gran romeral, pinares, barrancos y arroyos. Un magnífico paisaje y una breve parada para comentar el segundo tramo, observación de las ruinas, cañada, árboles frutales y silvestres y las viejas huertas. No hay agua para beber por la gran sequía de estos últimos años.

En estos momentos ha empezado a llover y truena. Llovía algo cuando venía bajando pero en estos momentos, aumenta. Busco un refugio y como toda la casa está caída, lo único que encuentro es el dintel de una vieja ventana que aun no se ha roto. Tiene como

medio metro de ancho y tres troncos de madera en la parte de arriba.

Perfectamente quepo ahí y, además, mientras no llueva más fuerte, la lluvia no me moja. Miro al frente y por las cumbres del Banderillas, se ve una gran nube oscura que es por donde los truenos crujen sin parar y sopla fuerte el viento. Temo que esta nube se desplace hacia este lado de la sierra y descargue una buena tromba de agua. Temo también los posibles rayos que puedan caer porque esto sí lo tengo claro. Sé bien que por esta parte de la sierra es por donde más rayos caen y eso se puede observar en las señales de los tronco de los pinos. Casi todos tienen heridas de rayos y algunos hasta tres o cuatro.

A los diez minutos afloja un poco la lluvia. Me muevo por entre las paredes desmoronadas de lo que fue una bella casa. Algunos bloques se cayeron enteros y así permanecen todavía. Enteros, en un desplomarse limpio pero partidos en mil pedazos. Desde uno de estos bloques observo y descubro que la casa debió ser grande y bonita. Se le adivinan tres cuerpos: la cocina que

estaría a la derecha, con una segunda división central y la tercera que se encuentra por el lado de arriba.

Se orientaba hacia el barranco que horadó el Guadalquivir y a lo largo de la ladera. Desde el bloque de pared caído, medito el desastre de esta ruina. Trozos de madera que fueron vigas, algunos marcos de ventanas, tejas y piedras de tobas que aquellas personas recogieron, seguro, de estas laderas y barrancos. Un esfuerzo tremendo porque en aquellos tiempos todo se hacia a brazo o a lo más, con la ayuda de algún burro o mulo. Y todo aquel repleto mundo, hermoso y desconocido para tantos, hoy duerme y deshace en las ruinas de esta casa que ya casi se funde con la pura tierra de la ladera natural.

Por detrás de mí quedan las llanuras de los hortales en cuyas tierras fértiles ahora mismo crecen praderas de hierba fresca. Y coronando esta fina hierba, se mecen floridos los granados y ya cuelgan algo gordos, los membrillos. Un poco más arriba, bajo el siempre perenne roble junto a los cortijos serranos, la alberca, hoy seca y con sus dos losas de cemento. Parece como si hasta el cielo también se hubiera disgustado con el proceder de

aquellos que rompieron tantos cortijos por estos montes y ahora permite que hasta los manantiales estén secos. Exactamente no es así porque en Dios no existe el castigo ni se vengan, según la condición humana sino que es amor y lo suyo es transmitir y dar vida pero uno ve lo que ve y no acaba de comprender. No tiene agua ninguna esta alberca y por las tejas que en el lado de arriba, en aquellos tiempos, entraba el chorrillo, hoy no entra nada. Seco por completo aquel hilo de agua y seca la alberca.

Cuando hace un rato bajaba por la senda buscando las ruinas de esta casa, justo donde llega al surco del arroyo, bajo un pino también he visto el caño de otro manantial, seco. Se ve perfecto el agujero por donde ha brotado el agua y hasta la hierba, por el alrededor, está más verde pero el manantial de aquellos tiempos, seco por completo. Estas circunstancias me indican que si hoy estuvieran por aquí las personas que habitaron este cortijo, tendría que irse porque ni sus manantiales dan agua para beber ellos ni podrían regar las tierras.

Sigo por la senda que desde la casa continua bajando y ahora ya es pista de tierra y unos metros más adelante,

donde se juntan unos arroyos menores, se dividen también los caminos. Es este cruce resumen de cuatro mundos. Ninguno de ellos es principal y todos son importantes. El que desde la cumbre he traído, ya digo que sigue bajando, roza el tremendo paredón rocoso que se alza por el lado del poniente, se hunde en el surco del Guadalquivir y al llegar a la llanura de la vieja piscifactoría, se divide derecha a izquierda. El que entra subiendo por la orilla del río, lo cruza algo más abajo, por un puente ancho, de cemento y bonito y por entre un denso bosque de robles y pinos, se pierde hasta morir justo en el Puente del Hacha, en el asfalto negro de la carretera del valle. Este sería el final de la ruta que desde la cumbre he trazado hoy.

Pero por un momento me voy por el camino que, desde el cruce de estos arroyos, sube por la derecha. Este camino pista, ha sido arreglado este mismo invierno. Los que han limpiado el monte por estas laderas, dejaron el tajo al llegar a la parte alta del voladero pero la pista sí han seguido arreglándola y en todo momento, con el apoyo del tractor de ruedas de goma. Lo han metido por los hondos barrancos del puñado de arroyos que por aquí surcan la ladera y han hecho auténticos desastres.

Como la tierra está bien seca y por lo tanto, suelta, al llegar la máquina a las laderas empinadas, ha penetrado con su fuerza abriendo verdaderos surcos y destrozando la vegetación. Viendo lo que veo, hasta pienso que el tractor pudo haber volcado y salir rodando y caer por lo alto del tremendo voladero que se eleva desde el río.

Sé yo que este camino va a salir justo a las tierras de Vado Ancho, en la aldea de Arroyo Frío. Pero el otro día, no llegué hasta ese punto sino que me fui ladera arriba buscando el Puerto de las Palomas y lo digo, porque salí de esa espesa vegetación, de milagro. Las aulagas, las cornicabras y los romeros junto con las tremendas rocas que a lo largo de tan ancha solana hay, complican el paso al más pintado y experto en andar por montes. Por eso ya sé por experiencia que esta gran solana que empieza en el arroyo del Valle, es muy mala de andar.

La fragancia eterna

Todavía el nuevo día no había llenado de luz los viejos campos, cuando ya y desde dentro de la casa, siente la algarabía de los pájaros y como sí ellos van despertándose a la serenidad y armonía de la mañana, en

cuanto la madre abre la ventana, desde su cama de lana amarillenta, el joven ve primero el revuelo de plumas de los pájaros cantores y después el consuelo de la más dulce sinfonía de trinos y notas alegres que, entre la luz, viene jugando y enredada con el día.

Y al abrir el joven sus ojos y ver un pájaro y otro pájaro buscando ya su alimento por entre las ramas y la hierba que con ellos y la aurora, se hace melodía, pregunta a la madre buena que ya va y viene llenando la estancia de un poco más de limpia vida:

- ¿Qué es lo que esta mañana, los ruiseñores y las tórtolas, junto con los gorriones y las palomas, anuncia con su alegría?

Y la madre, toda serena y lago amoroso saludando al día:

- Es el canto del corazón en su paz y la transparencia de quienes tienen todos sus cuidados puestos en el Creador que da la fuerza y es sonrisa.

Y el muchacho, mientras se levanta y observa extrañado los reflejos de la claridad por las rendijas de la vieja ventana, quiere comprender y dar las gracias por tan consoladora sinfonía, al despertar de las fuentes y los campos y la casa que les pertenece todavía.